
La ISLA de OTRO MUNDO
EDUARDO TEXEIRA
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO



EDUARDO TEXEIRA

LA ISLA DE OTRO MUNDO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA



CAPÍTULO I
LA MONEDA MISTERIOSA

La lluvia se desencadenó de modo tan repentino, que Miguel Lamas viose precisado a buscar refugio en aquel sucio cafetín del puerto. Sus paredes ennegrecidas estaban cubiertas por viejas y detestables marinas y litografías de mujeres, muy ligeras de ropa. En algunas mesas jugaban a naipes o dominó unos marineros. Otros, silenciosos, daban cabezadas. Un camarero pasó el trapo que llevaba colgado del cinturón por el mugriento tablero adonde se acercó el nuevo cliente y le sirvió coñac en una copa desportillada.

Lamas contempló durante largo rato el empañado cristal de la puerta. Continuaba la lluvia. Y quizá por no tener otra cosa que pensar imaginóse a sí mismo lobo de mar de paso, ahora allí en aquella taberna que lo mismo podía ser del puerto barcelonés -como era en realidad-, que de cualquier otro del mundo. Y como tantas veces, se dejó llevar en alas de su fantasía hasta que

diosa cuenta de que el chubasco había pasado. Puso un duro en el mostrador y recibió de vuelta unas monedas que maquinalmente se guardó en el bolsillo. Ya en la calle, se dirigió despacio hacia la ciudad. Era de noche. Quizá ahora se pondría a trabajar. Miguel Lamas era guionista de historietas de aventuras, y, ocasionalmente, escritor de humildes novelas que hasta se editaban con llamativas cubiertas, cuyo bosquejo él mismo confeccionaba. Por eso frecuentaba el puerto. Allí lograba recoger un poco del ambiente exótico que de otro modo no podía hacer más que adivinar.

Al disponerse a pagar en el metro, detúvose contemplando una de las monedas que le dieran en el cafetín. Era semejante por su peso, color y tamaño a las de diez céntimos, quizá un milímetro de diámetro mayor y algo más gruesa por el centro. Como tal se la entregaron, pero era la moneda más rara que Lamas había visto en su vida. No era francesa ni americana, ni de ningún país que de momento pudiera identificar. Sus inscripciones en vertical podrían ser chino, japonés, árabe o malayo, que los conocimientos del escritor no llegaban a tanto. Descartó el chino y el árabe, de signos un poco familiares. Pero la figura del reverso, una estrafalaria mano con siete dedos muy desproporcionados sosteniendo algo parecido a una flor, hizo aumentar su confusión y curiosidad. Desistió del viaje. Salió de la estación y encaminóse a la cercana casa de un amigo suyo, numismático furibundo y muy entendido.

-Pues no sé de dónde ni de cuándo es esto -dijo ceñudo el coleccionista, tras examinar la moneda con lupa y consultar numerosos manuales.

-Pero se trata de una moneda ¿verdad? No de una medalla o un disco conmemorativo.

-Sí, parece una moneda. Está un poco gastada por el uso. Pero el metal -de nuevo la sometió a estudio el numismático-, es un metal... digamos, raro. No parece aluminio solo, pero...

Lamas recuperó la moneda y el amigo lo siguió muy interesado. La curiosidad de ambos iba en aumento. El perito no se conformaba con dejar así el asunto.

-Déjamela unos días. Quiero enseñársela a unos entendidos, al profesor Virgili, entre ellos, Si éste no nos saca de dudas no lo hará nadie.

Lamas vaciló.

-¿No te fías?

-Sí, pero comprende; soy tozudo y sé que no voy a dormir tranquilo hasta averiguar algo de esta maldita moneda.

-A mí también me gustaría... ¿Quieres que vayamos ahora? Seguramente el profesor estará al salir de la academia.

-Bien, vamos.

Los dos hombres escogieron el camino más corto y rápido como si en verdad la misión que llevaran fuera importantísima. El profesor acababa de marcharse de la academia, pero el conserje indicó que hallaríase probablemente en casa de Fabricio Duque, el benefactor de tantas entidades culturales y recreativas. Fabricio Duque (el Duque Fabricio, como era apodado por sus amistades), era un original y extravagante filántropo que disfrutaba con dar a su fortuna personal los más peregrinos y a la vez menos remuneradores destinos.

A la casa del Duque, puerta abierta para todos siempre que no fueran malintencionados ni bergantes -que el Duque podía tener muchos defectos pero no el de la candidez y la necedad- encamináronse los portadores de la moneda misteriosa. Allí estaba, con el dueño de la casa y otros dos contertulios, el profesor Virgili. El motivo de la visita de. Lamas fue acogido con gran satisfacción e interés. Todos examinaron la moneda en cuantos detalles pudieron descubrirle. Muchos volúmenes de la biblioteca del Duque, que era completísima. y de la mejor calidad, fueron consultados. Lingüística, historia, geografía, aleación de metales, etnología, tratados de comercio y numismática y hasta un atlas de heráldica y condecoraciones.

El profesor Virgili expuso con gravedad su dictamen indiscutible:

-Esta moneda o medalla no es de ningún país conocido ni de ninguna época de la historia de que se tengan datos. Es más, ni siquiera se puede situar por parecido en un grupo de investigación determinado.

Lamas apretó la moneda en su puño tembloroso mientras entre los presentes reinaba gran sensación.

-Ni esos signos, ni esa aleación... ni nada de eso existe ni ha existido jamás -remachó con firmeza el profesor.

-Entonces... ¿no es del mundo? -dijo con suavidad el escritor.

Encogióse de hombros el profesor y los demás guardaron silencio.

-¿Dónde la ha adquirido usted? -preguntó con interés el Duque.

Lamas lo explicó y entonces éste tuvo un gesto característico.

-Vamos a ir ahora mismo a esa taberna a tomar unas copas. Invito.

El profesor se excusó con ineludibles quehaceres, como asimismo uno de los reunidos. Pero los demás aceptaron encantados. Aquello tenía visos de una interesante aventura. El automóvil del Duque estuvo a punto en unos minutos.

-De todos modos exijo mi derecho de prioridad si decide vender esa moneda, Lamas. -dijo el caprichoso filántropo ya al volante, sin apartar su vista del parabrisas.

-Lo tendré en cuenta, pero no pienso venderla, señor.

-¿Por ninguna cantidad? - sonrió el otro con suficiencia.

Lamas vaciló un poco antes de responder.

-No quisiera venderla... por ahora, señor.

-Bien, como usted desee. No me crea un cazador de ocasiones.

Ésta era otra de las muchas virtudes de Fabricio Duque. Su completa falta de soberbia o de presunción. Todos sabían en aquel momento que capitaneaba el asunto sólo por satisfacer su natural curiosidad y la de sus amigos, por ayudar sincera y desinteresadamente, como siempre, a cualquier causa que él considerara interesante bajo un punto de vista puramente romántico.

Aparcaron el coche a regular distancia y a pie, sorteando charcos y lodazales, llegaron los cuatro hombres al cafetín. Su irrupción en el tugurio causó cierta alarma entre los escasos asistentes. Se escamotearon los naipes y hasta alguna sombra huidiza se deslizó entre los rincones. El camarero miró con sus ojos de pájaro asustado a los singulares clientes.

-A mí se me apetece vino -dijo con alegre indiferencia el Duque, acodándose en la mugrienta barra-. A estos señores, lo que ellos pidan.

Inspirada ya un poco de confianza, Lamas expuso al camarero, aunque sin aparentar concederle al hecho importancia, el motivo de su segunda visita al establecimiento. El camarero le recordaba perfectamente, así como el cambio que le dio.

-No me fijé en las monedas, señor -dijo-. Tampoco puedo recordar quién la entregó aquí. Con frecuencia nos pagan con dineros extranjeros que algunas veces nos vemos negros para pasarlos.

-Pero ha sido hoy mismo, ¿no? -inquirió el Duque.

-Eso sí, porque aquí, de un día para otro, no dejamos en el cajón ni

una perra chica.

-Lástima. Si pudiera hacer memoria... -el rico jugueteó como distraídamente con su billetero.

Al camarero se le movió la nuez en el pescuezo como un ascensor y llamó a un tiznado chico que hacía como que limpiaba la máquina del café.

-Acuérdate de los marineros *suecos* que han venido hoy -ordenó-. Piensa si alguno ha dado esta *gorda*.

El chico miró la moneda y se puso a pensar. En el calificativo *sueco*, sin duda, se generalizaba a todos los extranjeros. Se quedó mirando el techo, y seguramente nunca fueron tan estudiadas como entonces las reacciones de su rostro churretoso.

-Como no fuera el larguirucho medio muerto que estuvo ahí sentado... -y señaló una mesa arrinconada.

-¡Ya está! -el camarero se dio una palmada en la frente-. Medio muerto dice el tonto -y se dirigió a los clientes de tierra-: muerto del todo, señores. No sé qué tendría. Entró esta mañana dando traspiés y le creímos borracho. Pidió por señas, porque no sé qué hablaba, ron del más fuerte con café. Estuvo ahí como dormido más de una hora hasta que quisimos echarlo, y entonces noté que estaba frío y casi sin pulso. Pero se levantó y se fue, y como no queremos complicaciones, lo dejamos. En la esquina se *cayó* muerto. Y ya nos ha molestado hoy bastante la policía con eso. ¿Ustedes son policías, también? -en el tono del *barman* no había ya sino una sombra de fastidio.

-No, no, coleccionistas de monedas, nada más -dijo el Duque.

-Y ésa... ¿vale mucho? -animóse de nuevo el hombre.

-No, pero por si tenían más, de otras clases. -Ah, no creo. Si vuelven otros días, quizá.

-Y ese marinero -intervino Lamas-, ¿qué le pasó? ¿En qué barco venía?

-Eso es lo raro, señor. Según he oído, no pertenece a la tripulación de ninguno de los barcos anclados. No se sabe nada de él, sólo que es extranjero. No le han encontrado ningún papel, ni cartilla de navegación, ni nada. Un poco de dinero nada más. El *mochuelo* se lo han largado a la Comandancia de Marina y me llamarán a declarar otra vez.

Diose el asunto por terminado. Todo rastro acababa ahí. Así lo pensaron los cuatro curiosos y decidieron marcharse, cuando el chico se sintió

de pronto comunicativo y dijo como para sí mismo:

-Anda, ahora que caigo. Debajo de la mesa se dejó la gorra y yo la barrí a la basura. ¿No la querrá la *poli*? -consultó al camarero. Este no supo qué decidir.

-Tráela -pidió rápido el Duque.

El muchacho se escabulló y a poco retornó con una sucia y vieja gorra azul en la mano. Fabricio Duque la examinó. Carecía de nombre de buque, de iniciales y de dato alguno que arrojara indicios sobre su dueño. Sin embargo el ricacho no la soltó.

-Bueno, pues no hay nada que hacer -dijo. Y bebieron otra copa y se marcharon, no sin antes dejar el Duque sobre el mostrador la vuelta de cien pesetas y agradecer afectuoso las reverencias del chico y del camarero.

-Hace usted bien en conservar esa gorra -observó, ya en el automóvil, riendo, el numismático-. Le ha costado cara.

El hombre la arrojó en el asiento y asió el volante. Después ofreció dejar a cada uno en el lugar que deseara.

-Me gustaría hacer una fotografía de esa moneda -solicitó de Lamas-. Si no le importara perder más tiempo en venir a mi casa, donde tengo el laboratorio, se lo agradecería mucho.

-No tengo nada urgente que hacer, pero si quiere, se la dejo y me la devuelve otro día.

-Gracias, pero sólo es un momento. Venga conmigo.

Lamas volvió como único acompañante a la casa del filántropo. Ya en la amplia biblioteca. Fabricio Duque indicóle un sillón y puso en la pequeña mesa de centro la sucia gorra del marinero muerto.

-No iba a ponerme allí a gritar -explicó-; pero aquí dentro hay algo y vamos nosotros a ver qué es. Ya soy tan protagonista de la aventura como usted mismo. ¿No cree?

-Sí -aseguró el escritor-, y yo me alegro de tenerle por compañero.

Con unas tijeras fue descosido el forro de la gorra y Fabricio sacó del hueco una pequeña y muy deteriorada libretilla de negruzcas tapas de piel de tiburón, una especie de diario al que no le quedaba más que una docena de hojas cosidas con hilo fuerte y muy húmedas y manchadas. El sudor, la mugre y el agua del mar habían hecho ilegibles casi la totalidad de las pocas notas manuscritas en alemán. Tras un ímprobo y pacientísimo trabajo consiguieron

los dos hombres descifrar y traducir lo siguiente:

> "*... Y el comandante Crantz mandó rescatar lo que se pudiera del casco del submarino, en lo que perdimos otro hombre... El lanchón quedó term... Hay mucho oro y platino y... Montañas de oro. Los hombres de la Estrella no lo quieren, pero no nos lo dan si no... Yo quiero volver a Franfo...* (aquí siguen tres hojas indescifrables...) *la isla extraña, de forma de dientes de demonio, es accesible por dos puntos, pero... Al sureste de Crozet, 49 grados latitud sur... corriente antártica... Comprarán el barco y... yo me iré antes, no quiero otra vez... si saben que me llevé dinero de la Estrella... Estoy enfermo y quiero llegar a mi...* (después seguían muchas palabras y frases sin sentido hasta interrumpirse del todo, y en la penúltima hoja, con letras mejor hechas, otros apuntes) *En Adén me hicieron desembarcar y lo he agotado todo. Si pudiera llegar al Mediterráneo...* (y más adelante) *He cruzado Suez. Creo que vamos a Nápoles y Génova. Todavía me queda para llegar a Alemania. No me importa...* (y al final) *No hay escala en Génova. Vamos a ir a Barcelona, y allí...*"

-Esto es todo, amigo mío -resumió el Duque Fabricio, fascinado.

Lamas no le oía. Miraba extático un punto indeterminado de la estancia, y de pronto sacó la moneda misteriosa y la sostuvo en la palma de la mano.

-Esto no es de ningún país conocido ni de ninguna época...-repitió las palabras del profesor Virgili-. No pertenece a ningún punto ni época de la Tierra, pero está aquí, en mi mano... -y se dirigió con una rara expresión en los ojos a su compañero-: ¿Quiénes serán esos hombres de la Estrella cuyo dinero se trajo el marinero muerto?

-¡Lamas! -exclamó el Duque anticipándose a las atrevidas ideas del escritor.

-Sí, este dinero, esa moneda, puede ser...

-Usted tiene mucha imaginación, pero... ya hemos aprendido que todo es posible. ¡Oh, si fuera así!

A Lamas, aquella noche, se le hizo muy tarde. No trabajó nada ni pudo dormir. devanándose los sesos. A la mañana siguiente fue de nuevo en busca de Fabricio Duque. Y no se sorprendió al no encontrarlo. Este había dejado una nota rogándole que le aguardara si llegaba antes de su regreso. Lo hizo así el improvisado numismático, y antes del mediodía el Duque descendió de su coche y subió al encuentro de Lamas.

-¿Sabe de dónde vengo? -dijo tras un breve saludo-. Pues del depósito judicial de cadáveres. En el periódico de hoy aparece una nota del juez naval requiriendo para una posible identificación del marinero y yo he acudido, con la excusa de ser amigo de otro, imaginario, naturalmente. Lo que yo deseaba en realidad era echarle un vistazo al desdichado. Ha muerto por depauperación y agotamiento tras incompletas convalecencias de varias enfermedades e intoxicaciones. Aparenta tener unos cuarenta años de edad. Es de raza germánica. Seguramente ha llegado hace un día o dos, pero ahí acaba toda la pista. El movimiento de barcos es muy intenso, y ninguno ha reclamado tripulantes en estos días.

-Posiblemente viajaría como polizón.

El Duque se encogió de hombros y sonrió con suficiencia.

-He hecho otra pesquisa. Tengo un amigo, funcionario antiguo en el consulado alemán, y le he preguntado por algún comandante Crantz de los tiempos de la guerra. No le ha sido fácil informarme, pues yo no pretendo hacer averiguaciones oficiales, pero me ha enseñado un viejo libro de reportajes y estadísticas de la posguerra donde figura un tal *“comandante submarinista R. Crantz, desaparecido en aguas del extremo oriente o del océano Índico”*.

-Interesante coincidencia. En todo esto hay algo, señor -dijo muy serio, solemne casi, Miguel Lamas.

-Sí.

-Algo que bien pudiera no ser nada, o bien... algo extraordinario.

-Lo mismo creo yo, amigo mío.

Lamas reflexionó unos instantes.

-Quizá fuera conveniente dar cuenta a las autoridades, ¿no?

A Fabricio Duque le brillaron sus luminosos ojillos pardos. Pequeño y

algo grueso, como era, pareció crecer como un titán. Y sonrió con un gesto de inmensa malicia, de travesura colosal, que era su modo de decidir las situaciones.

-Yo he pensado que, antes, de eso, no estaría de más echar una ojeada a esa *"isla de forma de dientes de demonio"*, y si fuera posible, a esos *"hombres de la Estrella"*. ¿No le parece, creador de fantasías?

Lamas frunció el ceño y miró incrédulo al extravagante ricachón.

-No, no crea que trato de burlarme de usted, Lamas. Lo digo muy en serio. Me gustaría intentar la aventura y hasta le pediría a usted que fuera mi compañero de viajes y andanzas.

El pobre escritor abrió los ojos y contuvo el aliento, como si le hubieran propuesto de pronto subir a un cohete e ir a Marte.

-Ya estoy aburrido de los viajes a *for-fait* -prosiguió el dinámico y joven potentado-. Éste sería interesante de verdad, y ¿quién sabe? -su tono se hizo confidencial-. Yo no tengo tanto dinero como la gente cree. He colocado un poco en algunas acciones, para vivir, pero me disgustaría bastante tener que cortar las asignaciones mensuales a tanta institución benéfica, cultural y deportiva. Y si diésemos con esas montañas de oro...

Fabricio Duque hablaba con toda sinceridad. No tenían intenciones ocultas sus palabras ni ideas. El precisaba una fortuna inmensa para proseguir el plan de vida que habíase marcado años antes. Ayudaba a todos, pero era incapaz de irse reponiendo económicamente. Siempre rehuyó el montaje de industrias y la financiación de negocios, y hasta el desempeño de cargos de cualquier índole, honorarios o remunerativos. Amaba sobre todas las cosas la libertad de acción, la aventura cómoda, la investigación, el arte. Jamás se lanzaría personalmente a una misión determinada si no era de su gusto y él mismo se la impusiera.

-"*Si se pudiera pagar para ser un sabio, un artista, un gran hombre, yo daría toda mi fortuna*" -decía.

Siempre había añorado un motivo de entrar en liza su medida, y éste de la moneda misteriosa lo era -o parecía serlo-, en sumo grado.

-¿Qué hace falta para ir allí a mirar? -preguntó, aun sabiéndolo.

Miguel Lamas sonrió, un tanto repuesto de su sorpresa.

-En primer lugar, dinero -dijo.

-Pues gracias a Dios, de eso hay todavía.

Y comenzaron febrilmente a confeccionar una larga lista de útiles, equipos y trámites. Cuando el Duque Fabricio tomaba una decisión, no admitía dilaciones. Disponía de amistades, de dinero y de libertad, y sin dar nada más que la publicidad imprescindible a su proyecto, la aventurada expedición no tuvo en sus inicios inconvenientes de ninguna clase.

La moneda misteriosa, llegada a manos de un escritor de fábulas modernas tuvo la virtud de envolver a dos hombres de la Era Atómica en una aventura con todos los alicientes e incertidumbres de las hazañas antiguas. El cúmulo horrible de enojosas objeciones burocráticas fue una barrera con que no se toparon los viejos exploradores, ciertamente, pero la tenacidad, el valor y las ilusiones eran las mismas.

Y Fabricio Duque, rentista, de treinta y nueve años de edad, y Miguel Lamas., escritor y dibujante, de treinta y dos, sortearon caminos civilizados hasta la frontera meridional de los antiguos continentes. Las líneas aéreas escogidas tenían escala en Roma, Trípoli, El Cairo, Adén, Mozambique, Madagascar...

CAPÍTULO II
EN MANOS DEL CAPITÁN PULPO EVANS

Ni aun la travesía de Madagascar a las islas Reunión se pudo llamar todavía el comienzo de la aventura. Esta empezó verdaderamente cuando en Saint-Denis, capital de la colonia francesa, tratóse de contratar un barco para el largo viaje -unos dos mil quinientos kilómetros en recta hacia el Sur-, hasta las islas Posesión y Crozet. Preciso fue, a más de perder tres semanas en pesquisas y dilaciones, topar con un hombre como el capitán Pulpo Evans.

-¿Y qué diablos se les ha perdido a ustedes allí? -dijo, con una mirada burlona e inquisitiva en sus ojos grises y chupando con fruición su pipa repleta sólo de ceniza.

Pulpo Evans era alto y delgado, de casi cincuenta años, tieso y duro como un alambre de acero. Tenia un pequeño barco de motor y velas auxiliares, el *Capri*, con el que efectuaba cruceros de pesca deportiva o industrial o portes de mercancías, según la demanda. Su zona de trabajo era generalmente entre las islas del Índico noroccidental y la costa africana desde Eritrea a El Cabo, y ya hablaba de retirarse a mares cercanos a su país, Irlanda. Ahora este viaje tan largo a latitudes que le eran extrañas no le convencía del todo, pero las condiciones económicas eran excelentes. Hasta exigió un seguro de vida para él y los seis hombres de la tripulación y una cantidad depositada a su nombre en el Banco de Francia de la ciudad.

-Y me han de decir a qué vamos a esas piedras habitadas sólo por pájaros -pidió también, porque el destino era, en verdad, extraño.

Fabricio Duque se inventó una explicación muy propia de millonario extravagante y caprichoso, y como él y su compañero se les hicieron simpáticos y sus papeles estaban en regla, Pulpo Evans accedió a poner su barco y su pericia al servicio de los excéntricos españoles.

-Si encontramos un tesoro, será éste mi último viaje -dijo, y Lamas pensó que bien pudiera ser ésta una bonita profecía.

Se ultimaron los preparativos. El equipaje de la expedición exigió todavía muchos gastos imprevistos. No habían de contar en toda la travesía de ida y vuelta, probablemente, con repostar en punto alguno. Acaso alguna base eventual de balleneros serían los únicos indicios de civilización que encontrarían en aquellos, parajes inhóspitos que eran las últimas tierras de

antesala al Antártico. El tiempo era el más favorable, noviembre, plena primavera. En otra estación ningún barco de pequeño tonelaje hubiera aceptado el trabajo, ni siquiera el ligero y potente *Capri* y su capitán Pulpo.

Una mañana se hicieron a la mar.

Pronto no hubo más que agua y cielo por todas partes. Había calma, al decir de los marinos. pero el barco movíase como una plataforma de feria. La línea del horizonte (lanzaba entre los palos y los dos españoles sintiéronse con frecuencia el estómago en la garganta. Cuatro días estuvieron angustiados y sin dar cuenta de sus personas, creyendo morir, tirados como muñecos rotos en sus literas. Lamas resistió mejor el mareo, pues a ratos se levantaba y salía a cubierta. Quizá no fuera ésta una situación digna de los intrépidos protagonistas de una gran aventura, pero las circunstancias mandan.

-Resistan un poco más, señores, ya se acostumbrarán ustedes -decía Pulpo Evans asomándose de vez en cuando al lugar del suplicio.

Fabricio Duque y Miguel Lamas maldecían entre dientes y con toda vehemencia la moneda misteriosa y el momento en que pensaron en serio marchar en busca de su extraño y lejano origen pero manteníanse en tenaz secreto estas ideas, obstinados cada uno de ellos en aparentar ante el compañero una animosidad que estaban muy lejos de sentir.

Y así hasta que un día, pálidos y endebles, pero con la cabeza firme, aparecieron en cubierta dando la cara al viento y a las salpicaduras de las olas. Ahora es cuando se hallaban dispuestos a ir al infierno, si era necesario. "*Ahora, decía Lamas, es cuando admiro de verdad a los héroes de mis historietas*".

-Que tripulan una astronave a Júpiter con la misma tranquilidad y sencillez con que se toma un tranvía para la Plaza de Cataluña, ¿verdad? -acabó diciendo el Duque con amargura y sarcasmo.

El buen humor era un síntoma excelente. Esto y siete días de navegación sin más revés que el malestar físico finalizado al parecer, era para celebrarlo. Pero el capitán se opuso a hacer extensiva la generosidad de los patrones a la tripulación.

-Tiempo habrá -dijo-. Esto no es, aunque les parezca de momento a ustedes, un viaje de placer.

Y también esta vez Pulpo Evans tuvo razón. Durante los dos días siguientes, inmensas olas que no llegaban a romper hacían semejar el mar a un

paisaje plegado por colinas azules y grises. El *Capri* bailaba como un cascarón de nuez en un agitado arroyo. Fabricio Duque retiróse a su camarote con el estómago del revés. Al día siguiente las olas rompieron violentas contra el casco y Pulpo Evans se mantuvo en el puente veinte horas seguidas vigilando las maniobras de sus hombres. Lamas, a ratos, llegó a sustituir al timonel en los trechos de calma. Después fue alejado del timón, cuando el capitán mandó, al amainar el viento, que se hicieran frecuentes sondeos.

-No debemos estar ya muy lejos de tierra -decía.

Así, los nueve días previstos para el viaje se convirtieron en doce. Al amanecer, el vigía de turno anunció tierra a proa. No supo el capitán si era Posesión u otra del archipiélago de las Crozet, pero de todas formas la travesía había llegado a su término. Navegar por los 49 grados de latitud hasta hallar la isla de *Dientes de demonio* era ya una segunda parte del viaje. Además, grandes aves marinas comenzaron a revolotear entre los palos y ello fue saludado con complacencia por los aventureros españoles. Esta vez el capitán consintió que se distribuyera un jarrillo de ron a los tripulantes. *Monsieur* Duhem, el maquinista y segundo de a bordo, único europeo de la tripulación, sentóse con Pulpo Evans y los dos patrones en el camarote del primero. El capitán sacó sus cartas de navegación y estudió en ellas un momento los parajes en donde se hallaban.

-Usted me dijo -dirigióse al Duque sin mirarlo-, que deseaba visitar algunos de estos islotes por capricho, para poder contar que estuvo en ellos y por el motivo sentimental de que su abuelo, en una ocasión lejana, vivió aquí como náufrago hasta ser recogido por un buque inglés. Dios me libre de expresar abiertamente mi opinión acerca de este deseo suyo. Usted me ha pagado para traerles y llevarles, y aquí estamos. Dígame ahora qué islas quiere pisar y yo veré el modo de abordarlas. Y me gustaría regresar pronto, porque la gente no está tranquila y murmura más de lo conveniente. Estos sitios son olvidados de Dios, señores, porque no tienen nada ni van a ninguna parte. Nadie viene por aquí como no sea un hombre al que se le hunda el barco a doscientas millas y además no se ahogue antes de llegar, o... nosotros.

Pulpo Evans estaba visiblemente disgustado. Arrepentido, pensó Lamas, y hasta quizá receloso. Y era para estarlo. Aquella extensión de océano era el lugar más triste, apartado, frío y desierto del mundo. Con razón temían ahora los marineros habérselas con un par de locos, más aún cuando

alguien recordó extraños y velados rumores propalados por los balleneros de paso en anteriores temporadas de pesquerías. Fabricio Duque también lo comprendió así y decidió poner las cartas boca arriba.

-¿Y si le dijera, capitán, que los motivos expuestos por mí al principio son falsos? ¿Que mentí para evitar el peligro de que nos salieran competidores en una misión quizá muy importante?

El capitán se irguió y sus ojos se tornaron duros.

-Consideraría rescindido el contrato y pondría inmediatamente proa al norte.

-No hará tal. Yo redacté el contrato a propósito y usted no puede tornar un rumbo sin previo acuerdo conmigo. Escúcheme...

Y Fabricio Duque hizo al capitán Pulpo Evans y a su segundo un relato completo, aunque no detallado, del verdadero objetivo de la aventura. Pulpo mostróse visiblemente irritado.

-¡Lo que ustedes necesitan entonces, si eso es cierto, es un buque de guerra con fuerzas de desembarco! -gritó-. ¡Me han engañado en cuanto a los servicios del *Capri*, pero siempre quien manda a bordo soy yo! ¡Regresamos!

-¿Hubiera accedido si le digo la verdad en Saint-Denis? -el Duque se levantó con brusquedad y con una firmeza en la mirada que sorprendió al mismo Lamas, y encaróse con el marino. Le pidió perdón y seguidamente se dispuso a tratar de convencerle con numerosas razones. A Pulpo Evans le fascinaba la aventura, pero se consideraba responsable, como dueño y jefe de la nave, de la vida de sus hombres y del cumplimiento de las leyes. Cedió en su enojo personal, pero no en la idea de dar por cancelado el contrato existente.

-Cubramos trescientas millas a lo largo de la latitud 49 a la altura de los islotes -propuso Miguel Lamas-. Si entonces no hallamos nada, a casa.

-Eso es, señor, creo justa esa propuesta. Acéptela -apoyó el Duque.

-Ya que estamos aquí -habló Duhem-, eso es fácil. Y como no hallaremos nada más que pájaros y cetáceos...

Pulpo Evans comenzó a vacilar. Y en ese preciso instante, un marinero entreabrió la portezuela y avisó:

-¡Lancha a estribor, a una milla!

Los cuatro hombres se precipitaron por el estrecho pasillo hacia la cubierta indicada. No podrían ser más que náufragos los que vinieran al

Capri, a no ser que la lancha no se debiera sino a una alucinación del vigía. Eso iba gruñendo Pulpo Evans, pero al acordarse en la borda quedóse callado.

La lancha estaba ya a un cuarto de milla y veíanse en ella, remando aprisa, a dos personas. Una tercera llevaba la caña del timón, y por debajo del gorro verde con que se abrigaba le flotaban al viento sus largos cabellos negros. Era una mujer.

-¡Por cien mil condenados tiburones, que ya estamos metidos en la danza! -maldijo el capitán-. ¡Si aquí hay mujeres, no me extraña ya que hayan piratas, marcianos y demonios!

CAPÍTULO III
EL DESPERTAR DE LA ISLA DORMIDA

Cuatro años llevaba Gregor Bullon, uno a uno, marchando a Crozet con el primer ballenero que cruzaba hacia el Antártico a principios de la primavera y regresando a Madagascar en marzo, acababa la breve época de verano. Allí realizaba entretanto dos o tres negocios a un tiempo y luego íbase a vivir el resto del año a su casa de la colonia. Bullon montaba una pequeña factoría donde vendía licores, tabaco y mil fruslerías a los balleneros que ocasionalmente pasaban, recogía guano de las aves marinas y disecaba algún que otro ejemplar de éstas para venderlos a los forasteros allá en el Norte. Vivía bien así y sin el peligro de contar con rivales. Hacía falta ser mucho más que un comerciante para pasarse cinco meses seguidos en medio del triste e imponente océano. Desde esta temporada, en que su socio desistiera de acompañarle, ayudábale en la dura y casi solitaria labor su sobrina Janet. Aquello no era para muchachas, pero la chica habíase empeñado y en el fondo Bullon alegrábase de su compañía. Lástima que no hubiese sido un chico la hija de su loco y desgraciado hermano Jean. Aunque quizá, entonces, el viejo Gregor estaría solo.

Ahora, este año, una nueva desazón oprimíale el ánimo al audaz negociante. Los dichos y las fábulas en el mar eran cosa común, así en la segunda mitad del siglo XX como en tiempos remotos, pero algo había de alarmante verdad en las islas. Algo que a Gregor Bullon, al mes escaso de estar allí la actual temporada, le hizo maldecir el haber llevado consigo a Janet. Y hasta marzo no pasaría de vuelta el primer ballenero para El Cabo o Madagascar.

Aquella mañana el viejo vio un barco cerca de la costa, un barco de *cristianos*, al parecer, y dispuso frenético la lancha para abordarle antes de que desapareciera en el horizonte. Domingo, el fiel auxiliar mulato, cogió también los remos. Janet se puso a la caña. Conforme se aproximaban, Gregor dio gracias *au bon Dieu*. Aquel barco era el *Capri*, a cuyo capitán. Pulpo Evans, conocíale de antiguo por motivo de sus escaladas en Tamatave, puerto oriental de la gran isla francesa.

-Buenos vientos le hayan echado por aquí, capitán, aunque los que corren sean infernales. Yo me alegro muchísimo de verle. Quiero que se lleve

a Janet a casa, amarrada si es preciso -dijo nada más saltar a cubierta.

Detrás subían Janet y Domingo. Casi toda la tripulación del *Capri* había acudido a la recepción. Miguel Lamas analizó con avidez a los tres interesantes tinos enfundados en gruesos chaquetones polares: el pequeño viejo barbudo, simpático y ligero y vivo como un ratón: el maduro mulato, rudo y silencioso y la joven mujer de tez oscura y bronceada, rasgados ojos castaños claro y larga cabellera negra mal recogida en su gorro mojado por las salpicaduras del mar. Los tres estaban contentos, pero una leve sombra de temor nublaba sus miradas.

Pulpo Evans hizo con laconismo las presentaciones y ofreció con rápidos y bruscos modales café y ron. Mostróse impenetrable en sus intenciones. Sólo quería, como los demás, oir las noticias que estaba pronto a dar el viejo y solitario comerciante de los islotes.

-Supongan, señores -dijo éste hablando de sí mismo en tercera persona-, que el viejo Gregor Bullon se viene cada época de pesquerías a enterrarse en esta desolación para ganar el sustento honradamente comerciando con los valerosos hombres del mar. Antes de que Gregor se viniera con sus garrafas de aguardiente v sus paquetes de tabaco, arenas anclaban los balleneros frente a las islas. Lo hacen porque Gregor está allí para alegrarlos y para pagarles a buen precio los bellos pájaros que cazan. Gregor es el primero y único colonizador de las Crozet. Antes no vivían aquí más que aves marinas y tortugas despistadas, v... los hombres robinsones de la isla del Este. Pero ahora...

-¿Quiénes son esos robinsones? -inquirió Pulpo Evans.

-Unos hombres, tres, cinco, ¿cómo puede saber cuántos el pobre Gregor?, que habitan un islote. Ya vivían aquí cuando Gregor vino la primera vez, pero jamás el viejo lo supo ni ha visto su isla ni su vivienda. Se presentaban como pescadores desembarcados por poco tiempo para hacer observaciones meteorológicas o reparar accesorios. Eran buenos clientes de Gregor, pero no buenos charlatanes. Siendo casi vecinos, Gregor no sabía nada de ellos durante meses enteros. Creyó que eran gente de paso, y el pobre Gregor, este año, se trajo a su dulce Janet y todos los rayos del infierno se han desatado...

Pulpo Evans dio un violento puñetazo en la mesa.

-¡Acabe de una vez, hombre de Dios! Lo que interesa saber...

-Lo que interesa saber -intervino la joven en silencio hasta entonces y su voz grave y melodiosa resonó como una campana de cristal en el camarote lleno de humo de pipas-, es que hay que levar anclas y pedir por radio socorro al barco de guerra que navegue más cercano.

-¿Por qué, señorita? -preguntó Miguel Lamas.

-Porque ocurre algo muy extraño, algo terrible. No por esos hombres que dice mi tío Gregor. que no son más que aventureros fugados de presidio o cosa parecida que no han visto una mujer desde hace años y han reñido por mí sin apenas conocerme sino por algo más grave.

-Janet se refiere a la isla de *Dientes de demonio* -interrumpió misteriosamente Gregor en voz más baja como temeroso de ser oído fuera-. Un islote que hay a una milla al sureste de Posesión que siempre ha estado dormido... y ha despertado. Nadie ha estado allí que Gregor sepa, pero no parece tierra de este mundo ahora especialmente que se le han desprendido hacia el mar algunos picos de roca y presenta extraños colores. De noche despide luces, ráfagas de humo, sonidos. Allí hay gente, pero gente que no son... hombres. Diablos, cree Gregor. Y los otros: los de la isla del Este, los conocen y hasta mantienen ciertas relaciones, pero Gregor piensa que no son amigos.

-Todas estas islas son volcánicas -dijo *monsieur* Duhem, y Janet contestó rápida a la observación.

-Pero la que dice tío Gregor no, señor. Esta es como algo metálico que se está desprendiendo de un cascarón pétreo. Yo pienso que hasta emite señales de radio, pues en mi receptor he captado interferencias sin otra explicación.

El Duque Fabricio estaba radiante. Por medio de frecuentes y significativas miradas a Miguel Lamas, daba a entender su última satisfacción por haber sabido hallar un rastro de todo aquello en el cafetín de puerto de la lejana patria.

El capitán Pulpo Evans se puso de pie y dirigióse a su segundo:

-Mantenga la máquina dispuesta y que maniobren las velas. Mida el viento y sondee. Zarpamos dentro de media hora, rumbo al norte.

Lamas y el Duque intentaron oponerse, pero el capitán les miró fríamente.

-Sí, señores, todo eso es lo que ustedes han venido a ver. Pero yo no.

Si tanto les interesa. vayan a tierra con Gregor Rullon y Domingo. El *Capri* regresará a recogerles de aquí a quince días y si es posible escoltado por un buque de guerra.

Esta vez el tono del capitán no admitía réplicas. Tampoco quisieron los españoles insistirle más, en especial Lamas, que sintióse de súbito cansado de dejar la voz cantante a su amigo rico y al irlandés. Las horas de timón, su rudo bautismo de mar, el ron caliente y los ojos de Janet, sin duda, despertaron en él viejas remembranzas del espíritu de los conquistadores.

-¿Desembarcamos con Gregor Duque? -preguntó, sarcástico-. ¿Le demostramos a *monsieur le capitaine* que nosotros no somos unas viejas asustadas como él y su gente?

Pulpo Evans se estremeció como si hubiera recibido un latigazo, y entornados y duros los ojos y pálida la faz, sin mediar palabra, cogió de repente una botella de licor y arrojósela con fuerza a Lamas, quien se agachó y la botella fue a estrellarse contra el mamparo donde un segundo antes apoyaba la cabeza.

-¡Por San Jorge, que tenía ya ganas de...! -chilló el capitán echando atrás su silla para contener el asalto de Lamas, pero Duhem se le interpuso y fue quien recibió un puñetazo del español. Fabricio Duque intentó contener a su amigo y sintióse agarrado por el capitán, y entonces los cuatro hombres entregáronse a una lucha brutal en el recogido recinto.

Gregor y Janet se apartaron a un rincón, sufriendo involuntarios empellones. Domingo quiso separar a los contendientes sin más resultado que recibir de unos y otros golpes y puntapiés y optó por salir en busca de socorro, pero en el mismo umbral del camarote retrocedió, empujado suavemente en el pecho por un desconocido.

-¿Qué pasa aquí? -dominó el estrépito tras una exclamación gutural, en francés, la voz potente del recién llegado.

Los pendencieros cesaron en la pelea como por encanto. Pulpo Evans, olvidado de súbito, al parecer, de la lucha, se incorporó buscando su gorra galoneada y se la encasquetó con furia.

-¿Quién diablos es usted? ¿Qué quiere aquí?

El hombre se mantuvo tranquilo, mirando con curiosidad a cada uno de los presentes. Una barba negra muy corta le cubría el ancho mentón. Vagó por sus labios finos y agrietados y por sus ojos azules una leve sonrisa e hizo

un cauteloso movimiento para, erguirse, pues el vano de la puerta le permitía apenas libertad a su gigantesco corpachón. Después fijóse en el viejo Gregor y en Janet y su expresión hízose más confiada. Con un gesto señaló al capitán.

-Usted es el capitán Pulpo, ¿no?. Celebro saludarle. He venido a hablar de negocios, capitán. Ofrézcame una silla y una copa.

-¿Quién es usted y cómo ha llegado aquí?

-A todo eso le contestaré cuando estemos solos. Despida a sus invitados.

El capitán asomóse fuera y llamó con estentóreas voces.

-No se moleste, señor -dijo el desconocido. Los cinco hombres de su tripulación están en cubierta, imposibilitados de acudir. Estos dos -y señaló a Fabricio Duque y a Miguel Lamas-, pueden desembarcar con el viejo, el negro y la muchacha. Su segundo puede asistir sin inconvenientes a nuestra entrevista.

-Vámonos, hijos, vámonos -Gregor empujó por delante a Janet, Domingo y los dos españoles, pero éstos resistiéronse.

-¡Queremos saber quién manda aquí! -exclamó Lamas. El estupor apenas permitía hablar a Pulpo Evans y Fabricio Duque dirigióse al recién llegado.

-A bordo no se puede discutir de negocios sin contar con nosotros, señor... quienquiera que sea. Seguro que el capitán Evans no le dirá otra cosa.

El hombre miró con descaro y desprecio al Duque y después a todos los presentes, y su afectado porte de benevolencia desapareció.

-Necesito el barco -dijo-, con tripulación o sin ella y, desde luego, sin pasajeros. Por dinero no hay que preocuparse. Pagaremos hasta la indemnización que sea precisa para cancelar ahora mismo cualquier compromiso pendiente.

-Eso hay que hablarlo más despacio y con papeles por delante -dijo al fin Pulpo Evans-. Ordeno a todos que suban a cubierta conmigo.

Uno a uno salieron detrás del capitán y del gigante. Gregor iba atemorizado, sin soltar el brazo de Janet.

En la cubierta, hacia la popa, les aguardaba un espectáculo sorprendente. Los cinco tripulantes mulatos, incluido el cocinero y el timonel, estaban juntos y de pie vigilados por tres hombres de rudo aspecto, alemanes al parecer, armados con pistolas automáticas. Otro hallábase en la cabina de

radio y un quinto en la de derrota.

-¡Esto es un acto de piratería! -gritó Pulpo Evans.

-No, capitán -repuso riendo el gigante, que parecía ser el jefe de aquellos hombres- es sólo una demostración de fuerza en apoyo del negocio. Necesitamos el barco, de todas formas, y pagaremos muy bien. No debe resistirse ni hacernos perder tiempo.

Miguel Lamas se apoyó con gesto calmoso en el cordaje y habló displicente, pero con gran firmeza:

-Sería interesante considerar que ahora mismo nos estuvieran contemplando a todos, y burlándose de nosotros y de nuestros problemas, unos seres extraños y en cierto modo superiores.

Todos miraron desconcertados al español. Todos, pero los intrusos, además, sorprendidos. El hombre del camarote contrajo con dureza los párpados y el mentón y perdió algo de su bravuconería. Después dio un salto hacia Lamas y de un puñado lo atenazó por el cuello de la chaqueta y casi le levantó del suelo.

-¡Qué diablos quiere usted decir con eso! -rugió.

La complicación definitiva vino cuando Fabricio Duque, muy decidido, tocó en el hombro al gigante y le dijo:

-Mi amigo se refiere a la gente de la isla de *Dientes de demonio*, capitán Crantz. No sea estúpido y suéltelo, por favor.

Volvióse el hombre *y* con la mirada *y* los gestos parecía querer fulminar a los pasajeros del *Capri*. Pero lo pensó mejor, sin duda, y en alemán comenzó a dar rápidas y tajantes órdenes a sus huestes. Pulpo Evans y Duhem fueron reducidos por la fuerza y los marineros mulatos obligados a ocupar sus puestos bajo amenaza. Lamas ***y*** el Duque, con Gregor, Janet y Domingo, permanecieron bajo la toldilla vigilados por el silencioso e iracundo gigantón. El viejo, atemorizado, no cesaba de aconsejar calma a los dos viajeros.

Nos acercamos a tierra -decía quejumbroso y atribulado-. Tengan cuidado, señores. Aquí estamos en el fin del mundo, donde no alcanzan las leyes ni las razones. Es un país de desolación, de brujerías y de malas pasiones. Así se condene Gregor el alma por haberse traído a la pequeña Janet.

La joven, con todo, no parecía asustada, y sus sensatas observaciones contribuían así mejor a calmar los ánimos de los pasajeros del barco.

Unas bandadas de rabihorcados y golondrinas de mar revolotearon sobre el buque y algunos se posaron en las cuerdas altas. El promontorio de la isla de Posesión era ya muy visible entre la bruma de las nubes bajas. Los alemanes no hacían sondeos. Conocían a la perfección aquellos parajes. Hacia la costa del sureste, al abrigo de las corrientes, mas no del viento, el *Capri* fue llevado con pericia, y a remolque las dos lanchas, hasta la bahía Navío. Allí era donde Gregor Bullon tenía su casa y su almacén y ésa era una de las causas por las que el viejo se mostraba animoso y transigente. Hubiérase alarmado más, quizá, si el punto de desembarco escogido por los piratas hubiera sido alguna de las otras islas del desierto archipiélago de Crochet.

Echada el ancla a una milla de la costa, el Duque y Lamas, a quienes no se les permitió recoger de sus respectivos equipajes más que unas pocas ropas y útiles personales, fueron trasladados con Janet, Domingo .y Gregor a la lancha de este último.

-Estiren las piernas -dijo con helada ironía el alemán-, pero no se alejen demasiado. No tardaré en visitarles.

Domingo condujo la lancha hacia el pequeño e improvisado desembarcadero. Una nube de pájaros bobos pareció hacerles los honores de la bienvenida a los visitantes de la fría y lúgubre isla.

-Son ustedes mis invitados, naturalmente -advirtió Gregor.

Los recién llegados caminaban contentos. Tenían deseos de pisar tierra, aunque ésta fuera nevada y pedregosa y sin apenas una brizna de hierba. Y tampoco necesitaban grandes comodidades. Ya sabían, al salir de Europa, que no habrían de encontrar ninguna en su aventura.

-No me han dejado traer el rifle ni los prismáticos -quejóse Fabricio-. Gracias a que el dinero y los papeles los llevo siempre encima.

-Yo traigo las dos pistolas y municiones -dijo Lamas, señalándose el abultado gorro con orejeras y las altísimas botas que calzaba. Por eso, y no sólo por haberse habituado al balanceo del barco, le costaba tanto trabajo caminar en tierra firme.

Y llegaron a la casa de Gregor. Era una baja y amplia edificación de chapas plásticas y de metal, con numerosos remiendos de tablones procedentes de restos de embarcaciones. Una gran chimenea que a la vez servía de hogar, quemaba maderas de la misma procedencia, pues aun cuando se contaba con utensilios a petróleo y eléctricos tendíase a un ahorro del

combustible y las baterías, ya que en Crozet no había otras fuentes de suministro. Un palacio les pareció a los españoles, a pesar de todo, la factoría y vivienda eventual del atrevido comerciante.

-¿Por qué dijiste aquello de que unos seres extraños nos estuvieran contemplando y riéndose de nosotros, Miguel? -preguntó, ya sentados al cobijo de la casa, Fabricio Duque.

-Fue una corazonada; se me ocurrió... y lo dije. Y creo que acerté. Tú me comprendiste muy bien.

-Quizá se me esté contagiando tu endiablada imaginación.

-Tú llamaste al capitán Crantz por su nombre, y acertaste también. Eso acabó de sacarlo de quicio y nos creará algunas dificultades.

-Yo también tengo mis corazonadas -la mirada del Duque se quedó un momento prendida de la columna de humo de su cigarrillo-. ¿Y por qué no? -contestóse de pronto a sus propias ideas-. Vamos a ir cuanto antes a esa isla de *Dientes de demonio*. Gregor ha dicho que sólo está a una milla escasa, y... ¡qué caramba, para eso hemos venido!

El comerciante y su sobrina no aprobaron el plan del Duque. Opusieron grandes reparos de toda índole, entre ellos la presencia de los peligrosos habitantes de la isla del Este.

-Si ésos han ido no sé por qué no podemos ir nosotros- dijo Lamas.

Fabricio se desabotonó varias prendas y sacóse de las profundidades, de un bolsillo interior una cartera en la cual, entre otros documentos, guardaba la libretilla de piel de tiburón.

-"*Es accesible por dos puntos*" -releyó en voz alta y de pronto reparó en la expresión de Gregor Bullon.

-Entonces, ustedes -inquirió desorbitado el viejo-, ¿han venido a las Crozet con la sola intención de explorar ese islote maldito?

Asintió el Duque, y Gregor apartóse receloso de sus dos huéspedes. No, no podían ser gente como Dios manda quienes atravesaban medio mundo para venir a hurgar en la isla de *Dientes de demonio*. Ya no pronunció el viejo una palabra más para tratar de disuadir de su idea a aquellos locos. Cuanto antes se fueran, mejor. Lo único que decidió hacer fue cobrarles por anticipado el dinero que ofrecieran por el alquiler de la lancha y hasta un depósito por posible pérdida o deterioro.

-¿Ustedes saben manejarla bien? -preguntó cauteloso, porque daba

por descontado que Domingo no les acompañaría.

-Hemos remado algunas veces en competiciones deportivas, en el puerto de Barcelona- dijo Lamas.

Gregor encogióse de hombros con fatalismo. Allá ellos.

-Partiremos de madrugada -convino el Duque con su compañero-. Así no daremos tiempo a que nos molesten esos hombres del barco. A pesar de todo confío en que el capitán Crantz no llevará a sangre y fuego sus amenazas, pues no es un malhechor vulgar ni estamos ya en época de piratas. Y de cualquier modo, Pulpo Evans no nos abandonará.

Pero aquella noche el azar fraguó otros designios y los acontecimientos se dislocaron hasta un grado imprevisible. Fue que, horas antes del alba, los moradores de la factoría hubieron de recibir la visita de un ser de pesadilla, **un habitante de la isla de Otro Mundo**.

CAPÍTULO IV
LOS SERES DEL AEROLITO

Como un mullido y confortable colchón de plumas en el mejor apartamento de un hotel de lujo fue para los dos aventureros españoles el jergón en literas de un rincón del almacén de Gregor Bullon, pero algo, no obstante les impidió desde la media noche descansar sin recelos; una a modo de extraña sensación, una inquietud inexplicable: ¿El exótico y gris ambiente? ¿El particular olor de los fardos de pescado seco y los ácidos de embalsamar pájaros muertos? ¿El continuo romper de la resaca? ¿El rumor del frío viento del sur?

Uno a otro se oyeron rebullirse y, al fin, cansados, cayeron ambos en un profundo sueño. De pronto Lamas se incorporó con los ojos abiertos y preso de súbita agitación. La oscuridad era absoluta y el silencio impresionante, pero mantuvo, sin embargo, sus sentidos alerta. Alguien había en la gran sala central del establecimiento. alguien que se movía sin ruido, sin luz, sin sigilo... y sin apenas rozar el mobiliario ni el suelo. Alguien que no podía ser un hombre, un animal ni un fantasma.

El escritor de historietas saltó de su yacija y se puso el chaquetón asegurándose, instintivamente, de que portaba en uno de los bolsillos exteriores la pistola. No quiso todavía sacar de su sueño al compañero y salió con las pupilas dilatadas, casi a tientas, dirigiéndose hacia un extremo del mostrador donde sabía estaba una gran lámpara de petróleo. Sus dedos hurgaron en la caja de fósforos. Encendió uno y lo aplicó a la mecha, y al tiempo de colocar el tubo de cristal miró en su derredor y se le erizó el cabello.

En el centro de la estancia había un ser -¿un hombre?-, que lo miraba con un gran ojo redondo y cárdeno. Tenía la cabeza muy diminuta en proporción con el cuerpo, que era de poco menos altura y corpulencia que la de un hombre normal ; los pies muy grandes e irregulares, las manos sin dedos cual un muñón retráctil, los brazos largos y delgados separados del tronco y una especie de pico amarillento debajo del gran ojo. Vestía una a modo de chilaba gris sin capucha, con el cuello abierto por delante y alto y cerrado por detrás. Pero lo más extraño y espantable de aquel ser fantástico no era su singular morfología, sino su perceptible halo invisible que le situaba

muy al margen de los seres humanos o animales de la Tierra. Latía todo él sacudido, no por una respiración, sino por un movimiento blando y total, denso, calmoso, como el de una amiba gigantesca hasta lo inverosímil. Era como si de cualquier punto de su cuerpo fueran a surgir, raudas y potentes, unas protuberancias gelatinosas, frías, pero animadas de vida e inteligencia. Movióse un poco y entonces dejó ver otros ojos que poseía, uno a cada lado de la pequeña cabeza, otro detrás y el último arriba, en la parte superior de lo que debía ser el cráneo. Así, la cabeza no era más que el alojamiento de los cinco ojos. El pico le salía del corto y ancho cuello. Debajo de él, donde debiera hallarse la clavícula, había un largo y estrecho corte que era la boca. Pero ésta no se movió y, no obstante, el monstruo habló. No emitió sonido alguno. Sin embargo, Miguel Lamas percibió sus ideas traducidas en palabras, como si éstas llegaran a su cerebro sin necesidad de los oídos.

-No te alarmes -fue como si dijera el enigmático ser-. Mi imagen puede parecerte tan extraña e imperfecta como a mí me parece la tuya. Soy un habitante de un mundo alejado en la Galaxia a una distancia inconcebible para ti. Ahora estamos aquí, en tu liviano y primitivo mundo, por un azar de las estrellas. No te alarmes.

Lamas estaba sobrecogido, desorbitados los ojos y seco el paladar, sin pulso apenas, asido con fuerza al tablero del negro mostrador.

-Debes abandonar a tu compañero -siguió transmitiendo el monstruo-; es un ser ambicioso y lleno de pasiones bajas, como los de la isla del Este y los que viven aquí. Tú debes venir con nosotros. No serás solo, ya tenemos a otro hombre de este mundo tuyo.

Lamas sintióse impulsado a obedecer. Sin razón alguna, ciertamente, y con dolor por dejar al Duque. Pero una fuerza tenaz y desconocida le obligaba, sin rebelión posible, a seguir la indicación del misterioso ser de Otro Mundo.

Experimentó pena, miedo y remordimiento, pero su voluntad no le pertenecía. Dio como un autómata unos pasos inciertos hacia el monstruo y éste se volvió y comenzó a deslizar, sin levantarlos, sus pies del suelo. Fuera estaba oscuro. El ojo del occipucio del monstruo le miraba y Miguel Lamas, sin pisar fuerte ni vacilar, le siguió dócilmente hasta desaparecer en las sombras de la fría noche.

La gran sala del establecimiento de Gregor quedó un momento

desierta. Fabricio Duque apareció a poco receloso y permaneció indeciso en el centro, mirando la luz encendida y la puerta abierta. Fuera zumbaba el viento y el oleaje.

-¡Miguel! ¡Miguel Lamas! -llamó.

A sus voces no acudieron más que Gregor Bullon y Domingo. Entre todos efectuaron una minuciosa búsqueda del desaparecido. Janet, más tarde, les ayudó también, y al fin, sin rastro siquiera, no quedó que hacer más, que aguardar a que llegara la luz del día.

-La lancha está en el desembarcadero -dijo Gregor-. De la isla no puede haber salido su amigo más que a nado o volando.

El Duque sospechaba del capitán Crantz y así, apenas inicióse la amanecida, solicitó de Domingo que le llevara a bordo del *Capri*. No estaba dispuesto a transigir más con Pulpo Evans ni con los intrusos. Miguel Lamas habría de aparecer, o denunciaría por radio a los alemanes y la existencia hipotética de la isla de *Dientes de demonio*. La aventura tomaba ya un cariz trágico y Fabricio llegó a considerar que quizá obró con ligereza, allá en su lejana patria, al adoptar el papel de un héroe de hazañas extraordinarias.

En el barco fue recibido con hostilidad, pero Fabricio Duque iba decidido a hacer valer todos sus derechos. No se anduvo con rodeos cuando hallóse ante los capitanes Crantz y Evans, a presencia de los cuales fue conducido por uno de los marinos alemanes.

-Mi compañero ha desaparecido de la casa de Bullon y de la isla, señores. Vengo a exigir su libertad, o auxilios inmediatos para encontrarlo dondequiera que se halle, vivo o muerto.

Al capitán alemán no pareció sorprenderle demasiado la noticia, aunque mostróse interesado. Evans gruñó que eso mismo debía sucederle a todos los demás pobladores de las islas.

-¿Es que no me entienden ustedes? -gritó exasperado, el español-. ¡Miguel Lamas se ha perdido y es absolutamente necesario hallarle!

Crantz hizo un gesto ambiguo.

-Si se lo han llevado los monstruos de la isla de *Dientes de demonio*, todo es inútil. No volveremos a ver más a ese hombre.

La voz de Fabricio Duque atronó el camarote.

-¿Qué diablos ocurre aquí?

Crantz frunció el ceño y miró con asombro a aquel hombre

insignificante que se empinaba furioso y golpeaba la mesa. En verdad Fabricio Duque estaba tan asustado de su soledad, tan indignado, tan al margen del medio en que siempre se había movido, que hallóse impulsado por unas reacciones súbitas hasta entonces ocultas. Bebió como un viejo pirata -tal era su transformación-, unos sorbos de ron en la botella que había abierta ante los marinos y encaróse con ellos.

-Vamos a franquearnos todos, señores míos, vamos a hablarnos claro. No somos enemigos ni rivales, ¿verdad? ¿Por qué, entonces, no marchamos unidos contra... esos monstruos o contra lo que sea?

-Usted sabe quién soy yo -centellearon los ojos, del alemán.

-Sí, usted es el capitán Rudolph Crantz, comandante de un submarino corsario del Reich desaparecido con su tripulación, en acción de guerra, en el Índico. Pero todo eso ha pasado ya a la historia, capitán. No sé por qué demonios no ha regresado usted con sus hombres, hace años, a Alemania, que otra vez es, como siempre, un grande y admirable país. No sé qué motivos tiene para vivir apartado y escondido en estos islotes, asustando a honrados marinos y a pacíficos viajeros. ¿Quiere usted el barco del capitán Evans? Pues bien, tómelo a su servicio previo contrato, pero sin arrinconar a nadie ni mandar en él como si aún navegara en su buque de guerra. Eso lo podrá hacer después, cuando regrese a su país y le asignen el mando de un sumergible movido por propulsión atómica. Ahora y aquí, juntos todos y en armonía, ventilemos lo de esa isla maldita y busquemos a Miguel Lamas. Sepa que mi compañero y yo hemos venido hasta aquí por haber hallado esto, perteneciente a un antiguo marinero suyo.

Fabricio Duque tiro la libretilla de piel de tiburón al alcance de Crantz, que estaba pálido y desconcertado. Mientras éste la hojeaba, Pulpo Evans sirvióse otro vaso de licor y tendió la botella al español. Sus ojos brillaban ahora animados por una expresión cordial.

-Gracias -dijo secamente Fabricio, y trasegó una gran buchada.

-¿Encontraron ustedes esto? -exclamó Crantz-. ¿Qué fue del...?

La ininteligible palabra última del germano la cortó rápido el Duque.

-Murió sin decir ni pío. Eso no cuenta ya. ¿Vamos a ayudarnos nosotros?

Intervino Pulpo Evans:

-El capitán Crantz desea tomar el *Capri* en arriendo por seis meses

comandándolo él, conmigo como testaferro. Pretende comprar en un puerto australiano o indio un barco mayor,

retornar aquí a no sé qué y después regresar con sus hombres a Alemania.

-Todo eso puede hacerlo perfectamente, pero llevándonos antes a Miguel Lamas y a mí a un país civilizado. Si no... -Fabricio Duque agarró amenazadoramente por el gollete la botella de ron.

Rudolph Crantz se irguió majestuoso.

-Le buscaré a su amigo. Les dejaré a los dos, o a usted solo, que es lo más probable, donde desee. Pero no se entrometa nunca en mis cosas. Yo no puedo volver hoy a una Alemania plagada de extranjeros ocupantes, porque cuando vaya será para exterminarlos a todo.

-¡Caramba! ¿Y cómo...?

La entonación burlona de Fabricio no le pasó desapercibida al alemán. Con gesto duro, dominándolo con su estatura, le puso su manaza en el hombro y acercóle la cara. El vaho de su aliento diole en el rostro al Duque. Mejor que pronunciarlas, masticaba las palabras.

-Ahí muy cerca tenemos a los habitantes de otro mundo del espacio. Son sabios, pero esquivos e incomprensibles. Intento desde hace años tratos con ellos. Si logro hacerme de algo de su ciencia y su técnica, seré el hombre más poderoso de la Tierra.

-¿Y para eso necesita mi barco? -inquirió Pulpo Evans

-Sí, aunque su barco sea un asqueroso cascarón. Pero ahora he de salir de aquí y obrar por mi cuenta. No he podido hacer uso de las máquinas voladoras de esa gente. No quieren nada con nadie de la Tierra, excepto con...

-Excepto con Miguel Lamas, ¿verdad? -exclamó roncamente el Duque. ¡Vamos a rescatarlo, capitán! ¡Vamos, o...!

Calmóse Crantz, recapacitando quizá en que ya había hablado demasiado y agradeciendo la interrupción. Miró un momento al pequeño, bigotudo y semicalvo español y sonrió levemente.

-Le desembarcaré en la isla de *Dientes de demonio* -dijo, y salió rápidamente del camarote, cerrando la portezuela.

A poco sintieron izar la cadena del ancla. El barco se puso en movimiento. Pulpo Evans y el Duque subieron, a cubierta, a tiempo de ver alejarse hacia la costa la lancha conducida por Domingo. El *Capri* rodeaba

lentamente la punta suroriental de la isla. Al otro lado de Posesión, hacia el mar abierto pero muy cerca, alzábase un pequeño promontorio dentado. Los tenues rayos del sol velado por la bruma le hacía centellear en algunos puntos. No tenía la isla de *Dientes de demonio* semejanza alguna, en verdad, con los islotes volcánicos de Crozet, o bien era sólo sugestión. El barco se detuvo a cosa de media milla. Dos de los marinos alemanes tendieron una escala a la lancha.

-¿Viene usted? -preguntó Fabricio al capitán Crantz.

-No, de momento. He de efectuar sondeos. Estos canales son de muy poca profundidad y no quiero encallarle el *Capri* al capitán Evans.

El Duque descendió a la lancha y en pocos minutos encontróse ante una diminuta y dorada playa. Los remeros llevaron el bote a una hendidura inmediata donde rompían las olas con fragor, pero aquellos hombres fuertes y silenciosos eran expertos y buenos conocedores del lugar. En otras manos la lancha habría saltado en pedazos al ser estrellada contra las picudas rocas. Fabricio se agarraba nervioso al banco donde iba sentado, sin ganas de hablar ni de pensar.

-¡Salte! -dijo un marinero. Tendió su mano y sujetó al Duque, mientras asía un cable. tendido a lo largo de una roca baja y plana.

Fabricio saltó y hallóse en tierra sin más mojaduras que los salpicones de espuma. El bote quedó flotando peligrosamente, pero los remeros no volvieron a cogerse al cable. Con destreza se situaron en el centro de la hendidura y dejáronse llevar por la resaca. En segundos quedaron alejados, proa al mar, y entonces bogaron hacia el *Capri*, sin intención alguna de tomar tierra.

Y Fabricio Duque comprendió. Había sido abandonado, por orden de Rudolph Crantz, en la isla de Otro Mundo.

¿Y si Miguel Lamas, en realidad, no estuviera aquí? -pensó, y sintió un pánico horrible. Acordóse nostálgico y angustiado de muchas cosas, de hechos livianos y estúpidos, antes de gritar y maldecir al capitán Crantz, a Pulpo Evans y por último a sí mismo.

Y así le llegó como una cruel burla el rumor de los motores del *Capri*, que se iba para siempre, quizá...

* * *

Miguel Lamas recordó más tarde, como si hubiera sido un sueño, que tras seguir al extraño ser subía a una rara plataforma voladora que, sin ruido, se elevaba en el aire y surcaba una porción de mar hasta aterrizar en un suelo duro y oscuro sin piedras ni hierbas. Recordó que a la voluntad de aquella visión no se opuso, que abandonó sin una palabra de alarma o de despedida a sus amigos y, todo eso, además, sin sentirse alarmado ni sorprendido.

Palpóse los miembros y las ropas, hallóse entero y en plenas facultades, sólo algo cansado, y dedicóse a explorar el lugar de la isla de Otro Mundo, donde se encontraba por un azar inescrutable. No había un ser viviente ante su vista. Estaba en la entrada de un agujero casi cilíndrico, en un rellano, a la luz del esfumado sol de aquellas latitudes. A pocos pasos rompían las olas y en frente, al otro lado de un brazo de mar grisáceo y verdoso, levantábanse los picos de Posesión, el mayor de los islotes de Crozet y refugio eventual de balleneros.

El hombre oteó en su torno y después alzó la vista al cielo, y entonces un estremecimiento le hizo caer de espaldas y quedar yerto sobre una de aquellas rocas inclinadas de contextura metálica. Por encima de su cabeza, echados sobre el inmediato pico, había observándole dos de aquellas extrañas criaturas de cinco ojos. Pero éstas eran gigantescas, no como la que sirvióle de guía. Estaban inmóviles, alucinantes, inexpresivas, mirándole. No manaban de sus ojos horribles efluvios aletargadores de voluntad. Lamas permanecía sobrecogido, pero sólo de miedo. Aquellas masas vivientes de color rosado sucio eran impresionantes, aun en la pacífica actitud que tenían adoptada. Y no *hablaban*. Al cerebro de Miguel Lamas no llegaba de ellas idea ni comunicación alguna.

Un sudor frío comenzó a correrle por la frente y el cuello al aventurero. Poco a poco se repuso y despegóse de las rocas, inquiriendo con sus ojos espantados a las grandes y diabólicas pupilas de color cambiante que le espiaban desde la pequeña altura.

-"*Guten Tag, mein Freund*" -articuló a su lado una voz seca, dura, pero humana.

Volvióse Lamas rápidamente y hallóse delante de un hombre que salía de la cueva. Era alto y desgarbado, viejo ya, de cara larga, facciones nobles, profundos ojos celestes y escaso pelo rojizo. Vestía un usado atuendo de oficial de marina. Unas gafas recompuestas con alambre le colgaban de la

nariz y una enorme linterna eléctrica del cinturón.

-*Guten Tag, mein Herr* -respondió Lamas, y apresuróse a decir en español y francés que ahí terminaban todos sus conocimientos del idioma germano.

El hombre habló entonces en un dificultoso francés.

-Yo soy el profesor Karl von Schieber. He sido encargado de darle la bienvenida e instruirle, cosa que me será grata, si es usted capaz de comprender pronto la situación en toda su grandeza.

Lamas recordó que fue advertido por su singular raptor de que "*no sería solo, pues ya tenían a otro hombre de este mundo suyo*". Después de todo no dejaba de ser ello una suerte. El viajero presentóse y en seguida dio a conocer a su ocasional compañero los motivos por los cuales encontrábase en tan peregrino lugar. De inmediato lanzó vehemente un cúmulo de atropelladas preguntas.

-Yo pertenecía, en cierto modo, al comando mandado por el capitán Crantz -dijo el profesor alemán-. He tenido la inmensa fortuna de descubrir este trozo de otro Universo y, en él, a los seres más extraordinarios que se pueda imaginar -y terminó con altivez-: ellos también me han descubierto a mí.

Las dos expectantes criaturas parecidas a enormes sarcodarios proseguían quietas, mirando a ambos terrícolas.

-Nos observan tal como nosotros haríamos con unos escarabajos entregados a su labor -rióse levemente Schieber-. Y en realidad eso somos, para ellos. Estamos a mitad de la escala zoológica entre el más vil insecto y esos seres de las estrellas.

-¡Los admira! -sorprendióse Lamas; y a fin de cuentas, ¿quiénes diablos son esos bichos y qué hacen en la Tierra, lo sabe usted?

Schieber, por toda respuesta, invitóle a entrar con él en la cueva y Lamas obedeció.

Y así ninguno de los dos se percataron de que los monstruos, levantados a medias sobre las rocas, oteaban el mar. Después se deslizaron por las piedras reptando a una velocidad increíble y dirigiéronse hacia la punta oriental de la isla. Junto a las paredes acantiladas de unas hendiduras naturales donde rompían las olas se arrastraron los monstruos sobre sus grandes pies amoldables al terreno, y aguardaron un momento en mudo conciliábulo.

Voces lejanas y el roncar de un motor percibíase en la distancia. Más cerca, sobre una roca plana batida por la resaca había, chillando y con los puños cerrados, solitario, uno de aquellos hombres del planeta Tierra.

Era Fabricio Duque, el abandonado por el *Capri*. El infeliz no sospechaba todavía en qué vecindad se hallaba. Cuando hartóse de amenazar y maldecir se decidió a explorar el interior del islote y trepando hacia una parte más segura pasó a pocos metros de los monstruos ; pero era tal su furia y desazón, que apenas diose cuenta. Prosiguió su marcha y entonces uno de los habitantes de la isla de Otro Mundo le miró fijamente y con peculiar intensidad, enviándole una silenciosa llamada de advertencia.

Giró el intruso, y al ver a los horribles seres rosados encogió el cuello y llevóse las manos a la altura de la barbilla en inútil gesto instintivo de defensa. Su angustiado alarido de terror debió oírse en la isla vecina. Después sacó la pistola y antes de comprender aviso alguno empezó a disparar, en. el paroxismo del miedo, contra los dos monstruos, hasta agotar el cargador de veinticinco proyectiles. Casi todos dieron en el blanco. Pero las balas sólo hacían agujeros momentáneos que en seguida quedaban cubiertos por la materia viva del cuerpo de los monstruos. Era como si cada célula, en fracciones de segundos, generasen un nuevo tejido en sustitución del dañado.

Fabricio Duque, al descubrir que aquellos seres de pesadilla eran inmunes, arrojó la pistola sin pensar en cargarla de nuevo y, enloquecido, echóse a correr piedras arriba gritando como un poseído. Sin embargo uno de sus disparos surtió el efecto apetecido. Uno de los monstruos recibió en el ojo central un tiro que le salió por el ojo posterior, atravesándole de parte a parte la cabeza en tal vital trayectoria. No por eso perdió la vida, pero vaciló sin equilibrio y la tonalidad de todo su cuerpo gelatinoso convirtióse en amarillento repugnante.

El aventurero siguió corriendo por los picos sin acertar rumbo ni meta hasta ser interceptado por otros seres fantasmales semejantes a los que dejara atrás. Al tiempo de intentar volver sobre sus pasos resbaló en el borde de un declive y precipitóse rodando por una pronunciada pendiente. Todo le dio vueltas en la cabeza golpeada una y otra vez: las piedras de brillo metálico, el mar grisáceo, el cielo plomizo y las figuras alucinantes. Y Fabricio Duque perdió el sentido, aun antes de que su cuerpo quedara como un guiñapo colgado en mitad de un precipicio en cuyo fondo rugían las olas espumeantes.

Unos cuantos de los seres del aerolito comenzaron a descender deslizándose pegados a la pared vertical, como gigantescas lapas veloces y blanduchas, con la intención evidente de rescatar el cuerpo del inesperado y agresivo visitante. El Duque Fabricio, ahora, no se daba cuenta de nada. Vivía, sin sentirlo, un terrible lapsus de su odisea en pos del origen de una moneda misteriosa que ya apenas importaba, porque la realidad había rebasado con mucho las más atrevidas fábulas del desaparecido compañero, el creador de historietas secuestrado por los habitantes del mundo ignoto.

CAPÍTULO V
VIAJES FANTÁSTICOS

Fabricio Duque abrió los ojos y la luz, aunque no fuera intensa, obligóle a cerrarlos de nuevo. Pero tuvo la seguridad de que estaba vivo. Dolíale todo el cuerpo y notó que tenía inmovilizadas las piernas y un brazo. La cabeza le pesaba y, con trabajo, palpóse un voluminoso vendaje que se la cubría. Estaba tendido en una cama, en una humilde y vulgar cama de tubos metálicos y colchón de muelles. Abrió los ojos otra vez tras recordar con pavor sus últimas aventuras a bordo del *Capri* y luego en la isla de Otro Mundo. Y creyó que soñaba al hallarse, sin género alguno de dudas, en la casa-almacén de Gregor Bullon; más exactamente aún, en la alcoba y en la cama del viejo comerciante de las Crozet.

Otras ideas y recuerdos acudieron a su mente, que aclarábase por momentos. De pronto quiso hacer un movimiento para levantarse y no pudo. Exhalando un gemido de dolor dejó caer nuevamente la cabeza y el hombro sano, y de algún sitio vinieron a su lado, en persona, Gregor y Janet. La muchacha comenzó a ordenarle el embozo.

-¿Qué me ha ocurrido? ¿Cómo diablos estoy aquí? -inquirió trabajosamente el inválido.

Gregor acercóse solícito, frotándose las manos.

-Le trajeron de la isla de *Dientes de demonio* entre su compañero Lamas y otro señor. Un hombre a quien Gregor no ha visto nunca antes de ahora. Dijeron que no se moviera usted de la cama hasta que ellos regresaran.

El Duque hizo rápidamente una docena de preguntas.

-Cálmese, por favor -dijo Janet-. Tiene usted unos cuantos huesos rotos y eso no es cosa que se cure en dos días. Se ha despeñado en no sé qué sitio y le han salvado de milagro. Nosotros seremos sus enfermeros, según instrucciones de su amigo. Dijeron que si recuperaba usted los sentidos antes de tres días, sería ya muy difícil que se muriera.

-¿Tres días? Pero...

-Hoy ha hecho dos que está aquí, liado como una momia.

-¿Dos? -chilló el Duque-. ¡Los monstruos, los demonios...!

La joven le puso un termómetro en el cuello y le preparó junto a un vaso unos comprimidos de luminal.

Después salió al breve porche y quedóse contemplando el triste sol de mediodía. Los pájaros bobos huían, como siempre, perseguidos por los rabihorcados. Las olas golpeaban las piedras heladas. El cielo, nublado, no dejaba ver a distancia. Pero Janet sabía que en cualquier momento surgiría, del cielo o del mar, aquel apuesto aventurero español que había conseguido, en horas, hacer un misterioso pacto con los enigmáticos pobladores de la isla de Otro Mundo. Ella no los había visto, mas sabía que existían. Lamas habíaselo dicho y el Duque, en su delirio, habló mucho de ellos. Estaban allí mismo, al otro lado del pico meridional y de un brazo de mar no más ancho que un río caudaloso. Eran gente de un mundo extraño del espacio infinito. Gente extrahumana. ¿Qué trascendencia podría tener esta vecindad para los habitantes seculares de la Tierra? Janet Bullon se debatía en íntimas tribulaciones. Ella era la sola, entre todas las personas que conocían el tremendo secreto, que adivinaba la necesidad de dar la voz de alarma. Sin embargo no se atrevía -ni podía hacerlo tampoco de momento-, pues desconocía las distintas razones que pudieran tener para su encubrimiento los alemanes de la isla del Este, el que vivía con los monstruos y hasta el mismo Miguel Lamas. No le cabía hacer más que esperar... ¿qué? El *Capri* se había marchado con todos los moradores de Crozet rumbo a Australia; Gregor y Domingo eran inútiles; Fabricio Duque yacía imposibilitado físicamente. Estaba sola.

-Gracias *au bon Dieu*, se fueron todos esos hombres, hija mía -dijo a su lado Gregor.

-Están los *otros*, tío.

-Esos apenas cuentan. No se han fijado jamás en nosotros.

-¡Resulta tan extraño eso! -murmuró, reflexiva, la muchacha.

Sin haberle llegado a sus oídos por medio de ondas sonoras palabras articuladas, Janet percibió en sus sentidos claramente una respuesta a lo que acababa de decir y pensar.

-No hay nada extraño en nuestra actitud. mujer terrícola. No os hemos considerado apreciables, simplemente. Ahora quizá te necesitaremos. Debes estar preparada. No nos presentamos a ti para no causarte miedo, pues no deseamos que tu estado psíquico sufra alteración. Has sido también escogida, como los hombres llamados Schieber y Lamas.

Janet miró a su alrededor y no vio a nadie. Gregor, ajeno, encendía

tranquilamente su cachimba.

-Tío, no sé si al final tendré que bendecirte por haberme traído aquí o maldecirte por ello -dijo con suavidad Janet. Y entró en la casa, dejando al viejo boquiabierto.

La muchacha no separóse en toda la tarde del lado de Gregor y del enfermo. Hasta propuso hacer un traslado de mobiliario para dormir los tres en la misma estancia. Muy entrada la noche, un leve rumor oyóse fuera por encima del de la resaca. Dos golpes resonaron en la puerta. Domingo, pálido, dirigióse a abrir, pero Gregor antes preguntó, sin firmeza, quién era. Porque en verdad, no podía ser nadie de carne y hueso. Janet sintióse en las sienes los latidos apresurados de su corazón.

-¡Abran, soy yo!

Era, alegre y potente, la voz de Miguel Lamas. El cerrojo fue descorrido y la negra puerta abierta de par en par.

-¡Buenas noches, amigos! Hola, Janet! ¿Cómo sigue el Duque?

La súbita presencia del español llenó de sorpresa y aturdimiento a los cuatro personajes de la factoría. No por la llegada en sí, ni por ser ésta inesperada en demasía e inexplicable en apariencia, sino por el porte personal y el atuendo del recién venido. Porque Miguel Lamas, a más de venir radiante en su altivez y jovialidad, vestía un extraño traje rojo que le cubría desde las orejas a los pies. Un traje de una pieza acabado abajo en forma de altas botas y con refuerzos en las articulaciones, construido, al parecer, en una materia elástica y desconocida. Un ancho cinturón sujetaba unas pequeñas bolsas de distintas formas y tamaños y un estrecho correaje en torno a los hombros debía servir para fijar al pecho o la espalda al*gún* enigmático utensilio. Por lo demás, el atavío carecía de distintivos o adornos. Aparte de su color llamativo era de una sobriedad y sencillez absolutas.

-¿Qué les parece? Les advierto que esto no es un disfraz.

Lamas cruzó con paso firme la estancia e inclinóse para mirar al amigo enfermo. El Duque demostró su asombro y complacencia con todos los aspavientos y expresiones que podía lucir en su triste situación. Dijo, al fin, que iba a perder el poco juicio que le quedaba si Lamas no explicaba pronto la razón de sus misteriosas andanzas. Todos pensaban igual. El aventurero sonrió, sabiéndoles en vilo, y permitióse con malicia el mantener unos segundos más la inusitada expectación de la que era único causante.

-Traiga vino, o veneno o lo que tenga por ahí, Gregor. Esto hay que celebrarlo pidió, tomando asiento junto al lecho.

Cuando Gregor y Domingo salieron para traer lo pedido, Lamas miró con rara intensidad a Janet. Esta le sostuvo la mirada, pero se ruborizó levemente. Los ojos negros del viajero español brillaban más y tenían una mayor profundidad, como si se hubieran abierto desde los días pasados a inconcebibles horizontes de distancias y de ideas.

-¿Qué han hecho contigo esos monstruos, Miguel? -gimió Fabricio.

-Un superhombre de historietas fantásticas -respondió burlón el escritor-. Por lo menos, un hombre rico -dijo más serio, sacando de una de sus bolsas un puñado de monedas doradas semejantes a la hallada en el cafetín de Barcelona.

-No irás a decirme que en esa maldita isla habitada por bichos, circula esa moneda, ¿verdad? -exclamó alarmado el Duque.

-No. Esto pertenecía a unos antepasados de los actuales... bichos, y circuló en una civilización lejana y fenecida. Pero esto, no -y mostró entre sus dedos pulgar e índice un pequeño diamante sin tallar.

Gregor, que volvía con una botella de Jerez y otra de ron, a poco las deja caer contra el suelo. El diamante atrajo la atención de todos, menos de Janet, que en silencio comenzó a llenar las copas dispuestas en una bandeja que puso sobre un cajón vacío colocado en el centro del corro.

-¡Por la isla de la Estrella y por nosotros, amigos! -dijo Lamas alzando su copa de vino.

Los otros le acompañaron en el brindis, pero sin corearlo. A Janet se le cayó de la mano su cristal y todos se sobrecogieron. La muchacha estaba pálida, clavados sus grandes y profundos ojos castaños claro en el fabuloso visitante. Este perdió algo de su desusado aplomo.

-¿Tienes miedo, Janet? -preguntó.

-¡Sí, de usted! ¡Está usted poseído por los monstruos de otro mundo!

La joven acabó su acusación en un sollozo histérico. Gregor la rodeó con sus brazos para calmarla, y Domingo se irguió, rígido. Fabricio miró con gravedad a su amigo. Lamas frunció el entrecejo e hizo un gesto de resignado enojo. Bebióse otra copa de Jerez y dejó pasar unos momentos que para los demás fueron de angustia.

-¡No me miren como a un fantasma! -gritó con modales rudos.

Después se llenó de nuevo la copa y sentóse con ella en la mano.

-Escúchenme con atención, por favor -dijo. Yo no soy un loco ni un poseído por nada ni por nadie, como dice la señorita. Ninguno, ni yo, tenemos la culpa de estar viviendo unas horas trascendentales. Es natural que Janet tenga el ánimo alterado, pero es fuerte e inteligente y le pasará pronto. Voy a tratar de explicarme.

-Pues hazlo pronto, Miguel, te lo ruego -pidió Fabricio.

-He estado, desde esta mañana, dando vueltas a la Tierra. He cruzado por todos los continentes y todos los mares. He sido el segundo hombre terrícola que ha tripulado un auténtico *platillo volante* de seres de otro planeta. Se me adelantó, hace tiempo, el profesor Schieber.

El silencio se hizo impresionante en la pausa.

-De no haberme encontrado en la isla de *Dientes de demonio* con el profesor Karl von Schieber -prosiguió Lamas-, posiblemente hubiera acabado enloquecido, despeñado o reducido a átomos, como tú, Duque, habrías terminado si no acudimos pronto en tu auxilio y suplicamos por ti. Los monstruos (demos en llamarlos así) son unos seres muy superiores y, creo, sin apetencias bélicas ni incluso dañinas. Ignoro todavía otra cualquier circunstancia de sus características *espirituales*. Sólo os puedo decir que son poderosos e inteligentes en alto grado, que viven en perfecta armonía y que se interesan, como simples espectadores, por todas las cosas de la Tierra y sus hombres. Poseen enormes conocimientos científicos y hasta me atrevería a asegurar que de todas las ramas del saber. El profesor Schieber, que lleva unos diez años viviendo en la isla, sabe de ellos muchísimo... aunque apenas los conoce.

-¿Qué relación mantiene con ellos, entonces, y por qué? -preguntó el Duque.

-El profesor Schieber viajaba en el submarino mandado por el capitán Crantz. Iba en misión de guerra, como técnico de proyectiles, teledirigidos, al Japón. Pero no pudieron romper el bloqueo aliado en Extremo Oriente. El submarino fue avistado y perseguido durante un mes por una poderosa flota que cubría gran parte del Índico. Fue acosado sin tregua y obligado a presentar batalla, y vencido, pero Crantz, en un alarde de voluntad y heroísmo pudo burlar a sus perseguidores y arribar, con su nave medio destrozada y muchos de sus hombres malheridos, a estos islotes desiertos y perdidos en

miles de millas cuadradas de océano. Toda huella fue borrada. Los pocos supervivientes del submarino germano convirtiéronse en robinsones. Acabó la guerra y el capitán Crantz, rumiando deseos de imposible venganza, no quiso volver a una patria deshecha y ocupada. Los hombres que no participaron de sus ideas fueron misteriosamente eliminados. Sólo una escasa docena de marineros le permanecieron fieles. Algunos han ido muriendo por enfermedades o accidentes. Uno de ellos resistió más, hasta que al fin no pudo soportar la nostalgia y consiguió evadirse ; pero el desdichado murió apenas puso los pies en Europa. El nos señaló, Duque, a título póstumo, la pista de la isla de Otro Mundo.

Lamas indicó las monedas misteriosas e interrumpió su relato para encender un cigarrillo. Todos, prendidos de sus palabras, permanecieron callados.

-Lo más interesante de la gran aventura de estos hombres -el viajero se dirigía especialmente al Duque y a Janet-, fue su encuentro y después el continuado contacto con los monstruos de la Estrella. El islote nombrado por ellos *Dientes de demonio* por su configuración, no es más que un aerolito que en una época imprecisa vino del cielo a caer en la superficie de la Tierra. Su contextura especial le impidió desintegrarse al penetrar en la atmósfera terrestre, y por producirse el impacto en el mar y precisamente en un lugar poco profundo. quedó asomando sobre las aguas una porción de él. No viajaban entonces en el mismo los monstruos con su actual aspecto. Sin duda el aerolito contenía en sus entrañas gérmenes vivos, como asimismo vestigios del mundo de procedencia. Algún mundo que se fragmentó a causa de un cataclismo telúrico... o Dios sabrá qué. Estos gérmenes se han reproducido o agrupado (buen tema de investigación hay aquí para los biólogos) hasta formar estos seres que a nosotros se nos antojan monstruosos.

-No se desvíe de la historia, señor Lamas -pidió Gregor. Janet hizo un gesto de reconvención a su tío v Lamas se lo agradeció.

-Vayamos al descubrimiento de los alemanes -dijo-. Los monstruos ya conocían perfectamente la Tierra. Algunos de los famosos *platillos volantes* que desde hace unos veinte años han aparecido por acá o allá. eran sus aeronaves. No sé por qué han querido siempre guardar absoluta reserva sobre su presencia aquí. Esto es hoy todavía para mí un misterio. Bien, pues diose el caso de que el profesor Schieber fue un hombre al que los monstruos, quizá

tambiénpor tenerle tan vecino, juzgaron interesante. Schieber, ante todo y sobre todo, es un sabio, un investigador. Así se comprende que al descubrírsele tantas maravillas en todos los órdenes de la sabiduría y de la ciencia, se olvidara de la humillante derrota pasada, de sus compañeros, de su patria y aun de toda su actividad anterior. Schieber vive desde entonces en un soñado paraíso. Es el más feliz de los hombres. Hasta contempla con frecuencia, cuando quiere, desde más allá de las nubes, su pueblo natal de Renania. Pero no dejará nunca a los seres de la Estrella.

-¿Y Crantz? -interesóse Fabricio Duque.

-Rudolph Crantz nunca ha sido grato a los monstruos. Lo han tolerado sólo por consideración al profesor. Crantz intentó, desde el primer momento, atraerse a los seres de la Estrella como aliados en una guerra fantástica. Soñó con disponer de escuadras de *platillos volantes* y otros ingenios, para rescatar Alemania de manos de sus vencedores y continuar después la acción bélica hasta conquistar Europa y el mundo. El nombre de Hitler, a su lado, hubiera quedado a muy poca altura. Pero no contaba Crantz, no sólo con la negativa terminante, sino con la absoluta y tenaz indiferencia de los monstruos hacia estas apetencias de conquista territorial, hegemonía racial y política y sueños de grandeza. El pobre capitán Crantz ha estado solo con su amargura y sus pocos hombres adictos, pasando privaciones y consumiéndose en su indignación, pero no ha cejado nunca. No ha cejado todavía. Se ha hecho de mucho dinero, de oro y diamantes que los seres de la Estrella le han dejado coger. Y para eso quería el *Capri*, ya desengañado de obtener la alianza de los monstruos; para viajar de puerto en puerto y comprar barcos y hacerse de una flota que algún día pudiera dar réplica adecuada, a su entender, a las fuerzas navales a las que todavía considera enemigo irreconciliable y beligerante.

-¡Caramba! -dijo el viejo-. Gregor le hubiera vendido media docena de balleneros, de haber hablado claro hace un año o dos.

-¡Tío!

Gregor Bullon diose cuenta de lo improcedente de su observación. El era francés. Corrido, agachó la cabeza. Lamas sonrió, indulgente.

-Cuando Crantz hubiera podido comprar balleneros, guardaba todavía esperanzas de convencer a los poseedores de las fantásticas aeronaves.

-De todas formas, ese hombre constituye un peligro -dijo Janet.

-No, señorita, porque Schieber lo vigila y no le permitirá hacer

locuras. El *Capri* navegaba hacia Melbourne, pero no lo dejarán llegar. En diez minutos puede ser alcanzado y obligado a volver. De todas maneras, tan sin cuidado les trae a los monstruos favorecer o atacar a Crantz como a sus enemigos.

-¿Qué se proponen aquí, a fin de cuentas, los monstruos del mundo extraño? -preguntó Fabricio Duque.

-La verdadera meta de sus intenciones constituye un enigma hasta para Karl von Schieber. El. Duque miró fijamente a su amigo.

-Y a ti, Miguel, ¿para que te han escogido? ¿Qué quieren de ti?

-No lo sé tampoco. Schieber me ha dado a entender que debo ser, para ellos, algo así como un ejemplar vivo de estudio, un hermoso animal de laboratorio -Lamas se levantó-; pero vive Dios, que estoy contento. Me han asignado un cómodo alojamiento contiguo al del profesor, independiente por completo de sus misteriosas viviendas. Me han dotado de ropas especiales y hoy he realizado el más asombroso viaje que nadie haya podido soñar. Schieber me ha dicho que esto no es más que el principio de muchas maravillas y magnificencias.

-Más vale lo malo conocido... -empezó a decir el Duque.

-No pensaste eso allá en tu casa, amigo. Déjame, ésta es una ocasión única. Procura curarte pronto. No te abandonaré nunca, pase lo que pase, te lo prometo.

Fabricio escondió el rostro en la almohada.

-He de marcharme -dijo Lamas-. Pero antes -volvióse a Gregor y Janet-, he de cumplir aquí una misión que me han encomendado.

La muchacha contuvo el aliento.

-En la isla de la Estrella te requieren, Janet. No debes temer nada. Yo he sido comisionado para llevarte.

El viejo dio un salto y plantóse con los ojillos echando fuego ante Lamas.

-¡No! ¡No se llevará a la chica! ¡Ella no tiene que ir a ninguna parte, y menos con esos diablos a los que Dios confunda!

-Sí, tío -dijo Janet-; si *ellos* lo quieren, he de ir. Sería inútil toda resistencia.

-¡No, Janet! ¡No, hija mía!

Janet, brillantes los grandes ojos, tranquila y firme, dio unos pasos y

se puso al lado del hombre del fantástico traje rojo.

-A veces el destino señala para un cometido especial a alguien -dijo-. Yo he sido ahora escogida. ¿Quién sabe si junto a los seres de Otro Mundo podré hacer algo por todos nosotros?

-Déjela, Gregor, no caben alternativas -apoyó Lamas-. Yo le juro que la protegeré si algún mal la amenazara. ¡No podemos, ni ella ni yo como representantes del género humano, volver la espalda a la más extraña llamada oída hasta hoy por el hombre de la Tierra!

Gregor Bullon dejóse caer abatido en la cabecera del lecho de Fabricio Duque. Este permanecía con la faz oculta en la almohada. Aturdido y mudo, Domingo presenciaba la escena deseando intervenir.

-Vámonos, Janet.

Miguel Lamas cogió de la mano a la muchacha y ambos se fueron hacia la salida. La puerta de la casa cerróse tras de ellos. Los sollozos del viejo fue lo único que durante unos momentos turbó el silencio. De pronto Domingo dio un salto y corrió al exterior, pero en la oscura y pedregosa costa no había ya nadie. El mar, las rocas y el cielo no eran sino una barrera de negrura intensa e impenetrable.

-Es como si Lamas y Janet fueran ya gentes de Otro Mundo -exclamó el mestizo desalentado, al volver, y Gregor Bullon y Fabricio Duque se estremecieron como si un misterio nuevo les rozara con sus invisibles dedos de hielo...

¿Cuándo vendrían, por ellos, también?

CAPÍTULO VI
...Y TAMBIÉN SE ESTREMECIERON LOS MONSTRUOS

Los hombres, hermanos nuestros, están demasiado imbuidos por sus propios problemas e ideas y no piensan con seriedad en que detrás y más arriba de los normales planos inmediatos hay otras cosas y rigen otras circunstancias -decía Karl von Schieber, sin dejar de otear a través del visor del periscopio de vuelo-. Los investigadores científicos, los filósofos y los poetas sospechan algo, pero pronto apartan esta sospecha acuciados por la pequeña necesidad del momento. Los restantes sólo creen que lo trascendente está en el reducidísimo círculo de sus actividades amistosas o profesionales.

-Y, sin embargo -proseguía-, no hay nada sobrenatural ni misterioso en la Creación. Sólo hechos ignorados. Cosas viejas y naturales, pero de las cuales el hombre aún no ha tenido conocimiento.

-Ningún hombre. Ni los de la Estrella siquiera -dijo Lamas.

-¿Por qué dice eso? -preguntó intrigado Schieber, volviéndose.

-No lo sé. Acaba de ocurrírseme.

La aeronave fantástica en que viajaban cruzaba rauda la atmósfera de la Tierra, muy por encima de las nubes que como capas inmensas de algodón cubrían grandes extensiones de los mares y países que allá abajo veíanse como los colores apagados de un globo terráqueo de mesa que girara lentamente ante los ojos asombrados de un niño. Cuatro de los monstruosos seres de la Estrella permanecían absortos en los cuadros de control. El profesor alemán, de vez en cuando, hacía alguna indicación con respecto a los territorios que sobrevolaban y los monstruos efectuaban correcciones en sus indicadores luminosos.

Lamas y Janet, como simples viajeros, no hacían más que observar la pantalla transmisora del *ojo mágico* fijado en la parte inferior de la gran aeronave en forma de gigantesca lenteja. Ellos no tenían otra misión que la de habituarse a tales vuelos. ¿Para qué? Eso constituía otro enigma. Lo único cierto era que tripulaban lo que allá abajo hablase dado en llamar un *platillo volante*, algo que para la mayoría no pasaba de ser un producto de la fantasía, una alucinación sin base real alguna. Verdad era que los hombres poseían ya naves voladoras de forma semejante y con capacidad de maniobra muy superior a la de los aviones y helicópteros de reacción, pero nunca llegaban a

competir, en muchos puntos esenciales, con las aeronaves de los seres de la isla de Otro Mundo. Estas, entre otras cosas que las diferenciaban totalmente de los artilugios ideados y construidos por el hombre, no precisaban combustible de ninguna clase. Su energía motriz era tomada total y directamente de los rayos del sol y de las estrellas. El dispositivo técnico preciso para ello era una de las miríadas de cosas que el profesor Schieber trataba de estudiar, a cambio de trabajar en estrecha colaboración con los desconcertantes seres de cinco ojos.

-Todo en la vida de estas criaturas horrendas es distinto a nosotros -explicaba Lamas a Janet-. Su contextura física y organismo fisiológico, su idiosincrasia, sus sistemas sociales, económicos, políticos, industriales, científicos. Creo que aquí en la Tierra, en su isla, no han inventado nada. Todo lo traían ya aprendido de su mundo. No se valen de útiles ni de maquinarias como las nuestras. Los materiales plásticos de que construyen sus utensilios lo segregan de sus propios cuerpos. Me atrevería a jurar que lo producen a voluntad, con las formas y dimensiones precisas. A veces me dan miedo, Janet. Me horroriza pensar lo que serían capaces de hacer si estuvieran animados por un sentimiento de maldad,

-Demos gracias a Dios porque sus intenciones sean pacíficas.

-¿Y si fuera que no tienen prisa... todavía?

-¿Para cuándo irían a dejarlo? Tengamos en cuenta que su llegada a la Tierra fue casual, no voluntaria. Y de eso hace... ¿cuántos siglos?

-Janet, tienes una gran intuición -dijo Lamas con reprimido entusiasmo-. Me haces pensar que estos monstruos pudieran ser algo así como... inmortales. Sí, inmortales, porque yo mismo he visto cómo generan nuevos tejidos vivos en sus heridas.

-Así quedaría explicado el hecho de que "*no tengan prisa todavía*", como usted dice.

-Se le presentaría entonces un problema pavoroso a la Humanidad -murmuró como para sí el aventurero.

— Algo tendremos también nosotros que sea superior a ellos, a su capacidad física o intelectual -comentó Janet, intentándose armar de alguna idea optimista.

Karl von Schieber abandonó su puesto de observación y dirigióse al doble asiento donde iban los jóvenes. Su actitud no era nada amable.

-Vuestras palabras e ideas son improcedentes -advirtió de mal talante-. El jefe ha decidido prescindir de ustedes en futuros vuelos.

-¿Pero nos han oído?

-No hace falta oírles, me ha causado usted una gran decepción, señor Lamas. Si no se enmiendan les enviaré con el capitán Crantz, pero sin dinero, para que no vayan por ahí haciendo estupideces.

-Hágalo, señor, por favor -le retó Janet.

Schieber no respondió. Se fue hacia los controles, y allí permaneció unos minutos consultando con la mirada al monstruo que parecía ser comandante de la aeronave. Algo tramaban. Lamas los observó con atención y después miró la pantalla. El *platillo* ganó altura y velocidad. Marchaba en dirección oeste-sureste por latitudes ecuatoriales. Atrás quedó Brasil, el Atlántico y Sudáfrica. Adentráronse en el Índico, pero la base de Crozet fue rebasada. Sobrevolaron la parte oriental del océano Índico.

-Me temo que hemos sido muy indiscretos -susurró Lamas, preocupado, al oído de su compañera-. Apostaría la cabeza a que vamos a darle un susto al pobre capitán Pulpo Evans.

La nave voladora perdió altura a la vez que menguaba su velocidad. Hallábase a unos mil kilómetros al sur de la punta suroccidental de Australia. De pronto uno de los monstruos señaló con un largo punzón un punto en las coordenadas de la pantalla luminosa, y otro maniobró la nave de acuerdo con las instrucciones telepáticas del jefe.

Lamas indicó a Janet el gran visor. En la superficie azul-verdosa del mar fue descubierta una rayita blanquecina que aumentaba rápidamente de tamaño. Era el *Capri*, navegando hacia Melbourne. Pronto el *platillo volador* cernióse sobre los palos del barco. Los hombres de éste se agolparon en la cubierta, gesticulando, pues habían visto echárseles encima la aeronave de la isla de *Dientes de demonio*.

El profesor Schieber acercóse un micrófono a la boca y habló rápidamente en alemán. Lamas, aun desconociendo el idioma germano, comprendió por los hechos subsiguientes el sentido de sus palabras.

-Vuelva a Crozet, capitán Crantz. El mando de los seres de la Estrella quiere presentarle sus condiciones definitivas. No avance media milla más

hacia Australia.

A poco, la voz del capitán Crantz atronó en los amplificadores de la gran cabina. Uno de los monstruos apresuróse a atenuar el volumen.

-¿Qué condiciones son ésas, profesor?

-Allí se lo comunicarán.

-No, gracias. Ya estoy harto de esperar.

-¡Vuelva, capitán, es una orden!

-A buena hora... -y tras una risa insultante, la comunicación quedó cortada.

El *Capri*, no sólo desobedecía el mandato del profesor, sino que con las velas desplegadas, ayudándose, forzaba la marcha para aproximarse a la costa australiana en línea recta. Sin duda Crantz, habituado a la tolerancia de los monstruos, pensaba que le sería posible eludir la orden recibida. Pero algo había cambiado en los planes de los monstruos, si es que algunos tenían. No se resistieron a soportar una rebeldía abierta. Uno de ellos, el jefe, hizo a otro una leve señal. En los indicadores de control brillaron unas luces nuevas. El *platillo* pareció planear unos instantes y de uno de sus puntos laterales surgió un fino dardo de luz, un rayo tenue que hizo fulgurar por una fracción de segundo la proa del pequeño barco. Lamas y Janet vieron en la pantalla cómo el *Capri* se inclinaba sobre las olas y cómo los hombres de su tripulación corrían alocados a los botes salvavidas.

-¡No! -chilló el profesor volviéndose hacia los monstruos. Era evidente que habíale sorprendido el ataque a sus antiguos compañeros y que no lo aprobaba. El jefe de la Estrella miró con rara intensidad a Karl von Schieber y éste bajó los ojos con humildad. Estaba pálido y tembloroso. perdida por completo la firme cólera mostrada momentos antes,.

Janet y Miguel Lamas permanecían como hipnotizados siguiendo a través del gran visor la suerte de los desdichados marinos del *Capri*. El casco yacía volcado sobre su banda de estribor, muy cerca la cubierta, en un ángulo de cuarenta grados, de las aguas. Un bote había sido ya arriado, pero algunos hombres se resistían a abandonar el barco. Hasta la aeronave llegó la angustiosa llamada que algún heroico radiotelegrafista estaba transmitiendo desde la cabina anegada: "*S.O.S. S.O.S. Estamos siendo atacados por un platillo volante... a los 43 grados de latitud sur, 128 de longitud este...*"

Otro finísimo rayo destrozó los palos, el velamen y toda la instalación

de radio del buque, y el silencio volvió a imperar en el interior de la fantástica nave voladora.

Lamas se levantó de un brinco, y lanzándose sobre el monstruo que accionaba el control de los rayos ofensivos lo agarró por los escuálidos hombros y le dio un fuerte puñetazo en la breve cabeza rodeada de ojos. No sintió, en su furia, que el puño apenas encontraba resistencia al impacto y que se le llenó de una repugnante materia viscosa. El monstruo encogióse y se tapó la cabeza con sus largos brazos enrollados y con las protuberancias que le servían como dedos alargándolas en torno del cuello. Otro dirigió hacia Lamas un raro objeto y el aventurero se quedó rígido, paralizado, mientras el profesor, muy excitado, trataba de contenerlo hasta interponerse, suplicándoles a los seres de la Estrella algo en un siseo ininteligible.

Los tres monstruos rodearon a ambos hombres. Y entonces fue cuando la horrorizada Janet, histérica, lanzó sin poderlo evitar un fuerte, largo, estridente y agudísimo grito de terror.

Nadie, ni el profesor alemán, pudo comprender lo que sucedió. Los seres de la Estrella retrocedieron tropezando aparatosamente, hechos unos ovillos de gelatina y pugnando por protegerse la cabeza entre los pliegues innumerables de su cuerpo invertebrado. Cuando cesó el grito repusiéronse algo, pero sin recuperar el proceder normal. A Schieber y Lamas no les hicieron caso, de momento. Janet unióse a ellos y el aventurero del traje rojo la rodeó con sus brazos y descansó en los hombros de la asustada joven su frente sudorosa.

El jefe de los monstruos retornó al cuadro de mando y accionó torpemente unos dispositivos. La aeronave subió como una flecha a una altura fantástica y después lanzóse por sobre las nubes a una velocidad fulmínea. Schieber miró, en silencio, la pantalla de dirección y el indicador del rumbo. Volaban hacia el noroeste, sobre el mar. Vino una costa: Arabia, Africa, y un pequeño mar, el Mediterráneo. Más tierra: Europa. Y otra vez el mar... ¿A dónde iban? ¿Habríanse vuelto locos, los monstruos?

La aeronave extraterrestre volaba sobre el Atlántico norte. sin dirección estudiada, al parecer. Los monstruos yacían aletargados, inescrutables. Schieber, sin osar intervenir, miraba fascinado la pantalla. Lamas íbase reponiendo y levantó el rostro del regazo de Janet.

-¿Dónde estamos, profesor?

El sabio alemán no dio respuesta alguna. Pasaron unos instantes de angustia. Los monstruos miraban con sus ojos redondos, anegados en reflejos azules.

Y de súbito, algo extraño hizo trepidar con inusitada violencia al platillo volante. Algo defuera, alguna cosa que los poderosos monstruos no supieron ni pudieron prever.

-¡Por Dios, profesor! ¿Qué ocurre? -exclamó Lamas.

Los seres de la Estrella precipitáronse a los mandos y obraron en ellos con una diligencia y excitación que Schieber no pudo explicarse ni explicar a sus coterráneos. El suelo volante, que hasta entonces había sido un plano horizontal, inclinóse de modo alarmante. Lamas, sujetando a Janet, se agarró brusca y firmemente al asiento. El profesor cogióse con ambas manos al suyo. Los monstruos adoptaron una rara postura, pegándose como grandes y repugnantes trozos de goma a los objetos más cercanos. Era evidente que no podían controlar el artilugio volador.

-¿Qué ha pasado, profesor? -inquirió Janet.

La pantalla de visualidad era una vorágine de colores y entre ellos .predominaba el azul del mar, cuyas ondas espumeantes íbanse haciendo más visibles por momentos.

-¡Caemos! -anunció Karl von Schieber.

Esa era la impresionante realidad. El *platillo volante* caía roto, inválido, herido por algún agente exterior, natural o artificial, que sus omnímodos conductores no pudieron esquivar. Los monstruos, en efecto, no intentaban hacer nada por evitar la catástrofe. Adosáronse como aplanados montones de gelatina gris en las paredes. La caída era vertiginosa.

De pronto el profesor lanzóse al cuadro de control...

Un inmenso chasquido, una ráfaga de aire, una invasión de luz... y después la oscuridad intensa. Miguel Lamas, sin dejar de asir fuertemente por el talle a Janet Bullon, hallóse envuelto en aluviones de agua. Manoteó furioso y le pareció danzar en las profundidades de un océano. Después braceó unos instantes en el aire y al abrir los ojos viose llevado entre olas verdes y blancas. Oyó voces, silbar de sirenas y el zumbar de unos motores,. Pero en seguida el agua le anegó los sentidos y ya no percibió sensación alguna. El aire dejó de vivificar sus pulmones exhaustos...

* * *

Alguien o algo lo había asido depositándolo en un piso firme. No supo nunca cuánto tardó en abrir los ojos y en sentir en su torno el latido de la vida. Unos hombres andaban en su derredor. Hablaban una lengua ininteligible, ¡Pero sus voces eran humanas!

-¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

Entre las palabras y frases que llegaban a sus oídos, Miguel Lamas pudo percibir algunas cuyo significado hacíasele comprensible. Un hombre inclínóse y le habló con lentitud en una rara mezcolanza de inglés, francés y alemán.

-Están ustedes a bordo del *Malstrom*, mercante noruego. El capitán...

-¡Janet! ¿Han salvado, también, a Janet?

-Una mujer ha sido salvada. Está fuera de peligro.

-¿Y el profesor? ¿Y los...?

-El capitán desea saber su nombre y nacionalidad. Ha de informar inmediatamente a las autoridades.

Lamas dio a conocer su identidad y algunos datos de su fantástico viaje, cosa ésta que, naturalmente, fue tomada por marineros noruegos con grandes reservas. Un oficial fue apuntando en una libreta de notas lo que el improvisado intérprete fue dictándole. Al fin el capitán bosquejó un informe que envió sin pérdida de tiempo al radiotelegrafista, y sin más llevóse a Lamas y encerróse con él y con dos oficiales más y el intérprete, en su camarote. Allí diose cuenta el español de la gran curiosidad que en aquellos hombres despertaba su fantástico atavió rojo. A poco por el médico fue llevada Janet, que al ver a Lamas abrazóse a él, sollozando nerviosamente. El atuendo de la joven era idéntico al del hombre, pero de color azul. Y estaban secos los trajes herméticos y tan perfectamente ajustados, que no hubo necesidad de despojar de ellos a los extraños náufragos., Ambos fueron requeridos para prestar una declaración que no satisfizo en modo alguno a los marinos. A su vez, Lamas solicitó ser enterado de lo sucedido, o sea, de lo que la tripulación del buque hubiera logrado saber, que no era mucho.

Habían visto el platillo volante aparecer como un meteoro por el horizonte suroriental, cruzar el cielo a gran altura... y cortar su trayectoria con la de otro objeto volador procedente del norte. El choque no se produjo de

lleno, más fue lo suficiente duro el roce para que ambos artefactos se dislocaran. ¡La aeronave de los seres de la Estrella habían hallado en su camino un cohete dirigido en pruebas de vuelo desde las bases árticas a las antárticas!

Miguel Lamas apoyóse la frente ardorosa en las manos y sólo la levanta al oír decir que el barco noruego no se movería de aquel punto, según instrucciones recibidas por radio, hasta que llegaran unos buques de guerra que a toda marcha se dirigían al lugar del extraño accidente. Porque él y Janet eran considerados de momento, por todos los estados mayores y hasta por el más humilde de los marineros de la dotación del *Malstrom*, poco menos que como peligrosísimos habitantes de Marte o de cualquier otro mundo del espacio.

Sólo a sus ruegos constantes pudo conseguir Lamas que le informaran de que el cohete dirigido había caído al mar, pero no así la aeronave misteriosa, que saltando sobre las olas como una piedra que se arroja al ras de las aguas, pudo al fin tomar altura, controlar su dirección y desaparecer hacia el sur. Del profesor Schieber no sabían nada los providenciales salvadores de Lamas y Janet. Ni de más nada. Les miraban y trataban con gran recelo, no como a personas salvadas de una muerte segurísima, sino como si les hubiesen estorbado, en realidad, una diabólica estratagema de ocultos y trascendentales fines.

-Porque opina el capitán, Janet -decía Lamas con amargura-, que hemos sido lanzados adrede del platillo para llegar a nado, supongo, a Londres, Oslo, o Nueva York.

-¿Es que quizá nos hemos caído? ¿Y cómo...? ¿Por dónde...?

Lamas se mesó los cabellos.

-Y yo, ¡qué demonios puedo saber!

Un lejano y prolongado mugido resonó en el mar. Era la sirena de un barco.

-Ya vienen por nosotros.

Janet levantó los ojos hacia su compañero.

-Bien, Miguel... Pero los monstruos se estremecieron antes... Antes, digo, de que se produjera el choque y aún antes del loco vuelo desde...

Lamas contempló a la muchacha, enarcó las cejas y se le ensombreció la frente como si ya no pudiera soportar la magnitud del enigma.

CAPÍTULO VII
EL INVENCIBLE CAPITÁN CRANTZ

Cuando el destrozado *Capri* hubo desaparecido de la faz de las aguas, sólo quedó flotando en el lugar de la tragedia, además de varios tablones *y* enseres *y* grandes manchas de aceite, un pequeño bote de un par de remos en el cual se apiñaban más hombres de los que su capacidad permitía.

Pulpo Evans, a quien el capitán Crantz hubo de arrancar del barco por la fuerza golpeándole hasta hacerle perder el sentido, yacía inconsciente a los pies de su cocinero. El segundo de a bordo y tres marineros más habían perecido en el naufragio, así como dos de los hombres del capitán alemán. Otro de ellos estaba gravemente herido y descansaba la cabeza en las piernas de un compañero. Rudolph Crantz, sentado en el banquillo de popa y a sólo un palmo del agua, miraba con dureza el horizonte. Sus labios eran una apretada y blanquecina raya y los músculos de su rostro una máscara pétrea. Ya estaba cansado de maldecir y ahora se consumía en la tremenda impotencia de su energía feroz. Sólo hallaba de momento, como compensación a la humillante ayuda que había de recibir de sus antiguos enemigos, la esperanza de vengarse cumplidamente de los abominables monstruos de la isla de *Dientes de demonio* y del traidor profesor Karl von Schieber.

-Señor, Hermann se muere -dijo el marinero que tenía en su regazo al herido.

Crantz desvió la mirada de la lejanía.

-¡No puedes morirte tú también, Hermann! -exclamó, agarrando por los hombros al moribundo- ¡Me haces falta, hemos de hacer mucho todavía!

Hermann abrió los ojos y sonrió débilmente.

-Perdóneme... capitán. No podré... obedecerle... esta vez.

Rudolph Crantz le acarició con torpe ternura la mejilla y, en seguida, recobró su duro gesto y su impasibilidad. Ni siquiera prestó atención a las señales de volver en sí que daba Pulpo Evans. Únicamente cuando uno de los hombres se puso de pie y tendió un brazo señalando dos lejanos e imperceptibles puntos al norte, Crantz pareció haber llegado a una conclusión firme en sus reflexiones.

El rumor de unos motores expandióse tenue por el ancho océano. Dos

aviones de salvamento, probablemente de las bases de Albany o Adelaida, acudían a la petición de socorro transmitida por las antenas del *Capri*.

-Escúchenme todos; y de modo muy especial usted, capitán Evans -dijo el capitán alemán-. Vamos a ser recogidos y llevados a una ciudad australiana. Los informes oficiales serán enojosos, pero hemos de procurar quedar pronto libres de los trámites. Tengo dinero para comprar un buque y hasta para resarcirle a usted con creces de la pérdida del *Capri*. Ésta es mi propuesta: no descubrirnos a mí y a mis hombres como marinos de guerra del Reich, ni dar a conocer una palabra de la existencia de los monstruos ni de la isla de Otro Mundo. He de volver allí a ventilar unos asuntos de vital importancia y quiero que todo siga siendo, por ahora, un secreto nuestro. Usted y sus hombres, si quieren, pueden venir también. De todas formas necesitaré enrolar algún personal.

-Al infierno iré yo antes que allí -dijo ceñudo Pulpo Evans.

-Bien, puede ir dondequiera, sin necesidad de descubrirnos a mí ni a los seres de la Estrella. Pagaré espléndidamente su silencio durante seis meses.

Los aviones, dos hidroplanos de patrulla costera, habían avistado ya a los supervivientes del siniestro marítimo. Rudolph Crantz mostróse impaciente y casi amenazador.

-¿Acceden?

El cocinero del *Capri*, un gordo mestizo de las Reunión, abogó en favor de la propuesta. Pulpo Evans quiso asegurarse de la cantidad ofrecida, tanto. para él como para indemnizar a las familias de los marineros perecidos. El alemán dijo una cantidad y los dos capitanes sellaron el pacto con sendas promesas verbales. No hacían falta otras formalidades entre caballeros del mar. Y era tiempo, porque los aviones de salvamento amerizaban ya a media milla de distancia del pequeño bote.

Rápidamente llevóse a cabo la operación de recogida de los náufragos. Los cuatro alemanes fueron presentados por el capitán Pulpo Evans, con nombres supuestos, como miembros de su tripulación contratados en Sudáfrica. Sus declaraciones fueron indiscutibles, porque toda la documentación del *Capri* habíase perdido con el barco.

En Albany y luego en Perth, los temidos trámites lleváronse a cabo con celeridad y sin complicaciones. En lo único que fueron muy insistentes

las autoridades militares fue en la descripción del *platillo volante* agresor y en el modo de efectuar el ataque. En ello no hubo necesidad de mentir. Y el boceto pergeñado por los especialistas aeronáuticos coincidía exactamente con el facilitado desde Europa, donde veinte minutos más tarde de producirse el ataque al *Capri*, fue visto un artilugio fantástico, similar por la tripulación de un buque noruego al este de las Feroes, en el Atlántico norte. A ninguno de estos sucesos diose oficialmente publicidad aunque, al parecer, los altos organismos navales de Australia y Europa no les concedieron demasiado crédito.

Rudolph Crantz cumplió a satisfacción su parte en la alianza con el capitán Evans. Tenía el alemán una bolsa repleta de pepitas de oro y de diamantes. Las gestiones para adquirir un hermoso yate de crucero fueron rapidísimas. Crantz poseía dinero y sabía y quería gastarlo. Una parte de su tesoro la destinó a hospitaliza en el mejor establecimiento sanitario de Perth al moribundo Hermann. Los doctores no excluyeron todas las esperanzas. Pulpo Evans, mientras más cavilaba, más receloso hallábase del pacto hecho tan ligeramente con el capitán germano. Seis meses de silencio. ¿Qué trascendencia podría tener este encubrimiento de la isla de los monstruos y de la identidad de Crantz? No se le alcanzaba por entero, mas se mostraba hosco y malhumorado. De todas formas, había empeñado su palabra y ésta era sagrada para él. Sus hombres tampoco hablarían. Estaban seguros, además, de que si tal hicieran, el alemán no les guardaría compasión alguna. Y estaban muy cerca de él, porque entraron a su servicio. La paga ofrecida por el nuevo capitán era triple de la normal. El yate, rebautizado con el nombre de *Neuland*, se hizo a la mar a los ocho días del arribo de los náufragos. Pulpo Evans estuvo hasta el último momento vacilante y al fin aceptó el cargo de primer oficial a las órdenes de Crantz. Al fin y al cabo el destino los había unido en la misma aventura, y ésta aún no había terminado.

-¿Vamos a Crozet?

-En travesía directa. Aunque puedo desembarcarle en San Pablo, a mitad de camino, si tiene miedo.

-¡Váyase al diablo!

En varios días apenas volvieron a cruzarse la palabra ambos hombres. El *Neuland* navegaba felizmente y a muy buena marcha. El tiempo era inmejorable. Al amanecer del sexto día y a sólo unas trescientas millas de

Crozet, tres aviones de reconocimiento de las fuerzas aéreas francesas volaron lentamente y en amplio círculo en torno del buque.

El primer aviso, recibido en la cabina de radio, fue llevado por Pulpo Evans en persona al capitán Crantz, que se hallaba todavía en su camarote. El marino echó una despectiva ojeada al papel escrito por el radiotelegrafista.

"*Aguas vigiladas. Comuniquen ruta y objeto de ella. Mando naval conjunto del Índico sur*".

No pudo Rudolph Crantz al pronto ocultar su sorpresa y malestar al descubrir que alguien habíasele adelantado en su campo de operaciones. Sin embargo siguió afeitándose cuidadosamente y al minuto exacto dictaba ya la respuesta a los aviones que seguían volando en círculos alrededor del *Neuland*.

"*Ruta, isla Posesión, Crozet. Objeto, cargamento guano y aves disecadas y recogida pasajeros que nos aguardan. Total desconocimiento vigilancia sector por unidades navales. Rogamos advertencia de eventual peligro*".

La contestación no se hizo esperar. Aconsejaban el cambio de ruta y aseguraban protección en caso de emergencia. Los aviones perdiéronse en lontananza y entonces el capitán Crantz dio las órdenes pertinentes. El *Neuland* aceleró al máximo su velocidad. Al atardecer fue ron avistados los picos del archipiélago, y aun que acortara la marcha, el buque siguió su rumbo con todas las luces encendidas, durante la noche. Hubiera sido pueril tratar de ocultarse. Una hora antes del alba ancló en la bahía Navío, frente a la factoría de Gregor Bullon.

-Lista la patrulla de desembarco -ordenó Crantz.

Tres hombres situaron al costado del buque la pequeña lancha de motor. El capitán señaló el desembarcadero. Hallábanse en mitad del camino, cuando un zumbido resonó en la costa y unas luces se movieron en la oscuridad. Hombres armados recibieron a los cuatro marinos en el breve pontón construido por Gregor.

-¿Quiénes son ustedes?

Rudolph Crantz y sus compañeros viéronse rodeados por cuatro soldados de *comando*. Un sargento les proyectaba en la cara la viva luz de su linterna eléctrica.

-¡Por cien mil demonios -gruñó Crantz-, aquí jamás ha habido sino

pájaros bobos y ballenas viejas!

-Ahora es zona ocupada por el ejército, señores -respondió el sargento en perfecto alemán-. Documentación, por favor.

El capitán del *Neuland* iba provisto de sus nuevos certificados legales, a los que no fueron opuestos reparos. Pero fue informado de que en Crozet no había absolutamente nadie, excepto un pequeño destacamento naval como vanguardia de más fuerzas. La navegación regular estaba prohibida en un radio de cuatrocientas millas, como mínimo, y debía abandonar inmediatamente aquellas aguas.

-¡Cómo! ¿Y Gregor Bullon, el dueño de la factoría ballenera, y sus acompañantes, a los cuales dejamos aquí hace unos veinte días?

-Han sido evacuados la pasada semana, muy... enfermos.

Crantz alzó los brazos y cerró los puños en un gesto de estupor y desesperación.

-¿Pero qué ocurre en las Crozet?

-Para eso estamos aquí, para averiguarlo.

Hubo tierra adentro un movimiento y un rumor de voces. En la casa de Bullon ilumináronse algunas ventanas. Otros soldados venían al desembarcadero, y al frente de ellos un oficial francés. Todos estaban armados y expectantes. Rudolph Crantz avanzó unos pasos y el oficial se le interpuso.

-Ya ha sido usted advertido, capitán -dijo en tono autoritario-. Cualesquiera que sean los asuntos que le hayan traído aquí, délos por acabados. Váyase. No hay cargamento ni viajeros.

-Deseo saber...

-Váyase. En realidad, debió haber obedecido el aviso de los aviones de patrulla.

El capitán germano volvióse bruscamente y embarcó seguido de sus hombres. Fueron soltadas las amarras de la lancha y perdióse en las sombras, hacia el yate anclado en medio de la bahía.

Quedóse el oficial mirándolos mientras se alejaban. Al chirriar las cadenas del ancla y ponerse el *Neuland* en movimiento, el sargento acercóse a su superior.

-Tal como se nos informó, señor. Han vuelto aquí. Estos hombres saben más de lo que han contado. Yo los hubiera detenido para obligarlos a hablar.

-Hemos de obedecer órdenes, sargento.

-Llevamos una semana aquí, señor, y yo me pregunto: ¿por qué no exploramos de una vez, piedra por piedra, ese islote misterioso al que llaman de *Dientes de demonio*?

-Ya ha sido examinado hasta la saciedad desde el aire. Nosotros no podemos hacer más que la misión encomendada, que es estar aquí vigilando hasta la llegada de la patrulla especial expedicionaria.

-Es la operación más tonta y extraña que he conocido en mi vida -comentó el sargento, encendiendo un cigarrillo.

El oficial permaneció silencioso y pensativo, mirando salir de sus nidos rocosos a las aves marinas y planear graznando por sobre las olas en busca de su pitanza. Una gran línea blanquecina extendióse por oriente y las nubes fuéronse perfilando. Comenzaba otra amanecida.

-Aquellos hombres que encontramos aquí estaban locos de remate, ¿eh, señor?-dijo locuaz el sargento.

-Sí. Lo raro es que las fantasías que contaban encajan perfectamente con otros informes que posee el mando, más fantásticos. todavía.

El sargento miró en derredor y frotóse sus manos enguantadas.

-¡Diablo, qué andurriales tan tristes y fríos son éstos!

Un soldado vino corriendo desde la casa-factoría donde el destacamento tenía establecida su base.

-Señor, transmiten desde el puesto de escucha de la costa sur. El yate de crucero, en vez de alejarse, rodea el litoral y se aproxima al islote vigilado.

-¡También como se nos informó que posiblemente harían! -gritó el sargento.

-Sí, mas para entonces debían haberse adelantado los expedicionarios nuestros. ¡Maldita sea, esto se complica! -dijo el oficial, y corrió al equipo de radio, para pedir instrucciones a través de la estación de enlace.

En efecto, el *Neuland* se situaba a la mínima distancia posible de la isla de Otro Mundo.

Rudolph Crantz, con cinco de sus marineros, tres compatriotas y otros dos mestizos, disponía ya el desembarco en la lancha de motor. Cerca de la embocadura rocosa donde fue abandonado Fabricio Duque los alemanes requirieron los remos,. pues, la maniobra en el estrecho paso exigía cierta experiencia, y el capitán saltó a la roca misma donde quedara el español

cuando el *Capri* se lanzó a su última singladura. Uno de los marinos alemanes siguió a su capitán. Los otros, con la ayuda de los mestizos, alejaron el bote hacia la mitad de la distancia entre el punto de desembarco y el *Neuland*.

-Disponemos de unas horas tan sólo para dar el golpe, Vossler -dijo Rudolph Crantz a su compañero-. ¡Ah, si todo esto lo hubiésemos sabido antes, cuando éramos solos y los monstruos estaban confiados!

-Entonces no teníamos barco propio, señor. -Es verdad. ¿Tienes preparado el silbato? -Sí, señor.

Hablaban en voz baja y no obstante caminaban sin precauciones. Sabía que hubiera sido inútil ocultarse de los soldados o de los monstruos. La situación había llegado a su punto culminante y ya no era posible retroceder ni esperar. En la acción rápida era donde únicamente existían algunas, probabilidades -muy pocas, ciertamente-, de éxito.

Crantz avanzó por una especie de sendero hasta una pequeña plataforma rocosa donde ya antes había estado en varias ocasiones. El islote parecía desierto. Desde allí, los vericuetos y oquedades le eran desconocidos. El negro agujero de un pasadizo abríase a su izquierda, y antes de entrar, el osado capitán desabrochó la funda de su pistolera. No era ésta, empero, arma apropiada para la clase de enemigos con quien tenía que habérselas. Sólo se armó de un bastón-estoque que llevaba plegado y de un silbato semejante al de Vossler. Luego ambos hombres se pusieron en los oídos sendos tapones de algodón y encendieron un foco de luz blanca que tenían fijados en el pecho por medio de un fino correaje que también portaba una pequeñísima batería.

Y comenzó la exploración de los verdaderos ámbitos de Otro Mundo.

De pronto Rudolph Crantz, que iba delante percibió un extraño malestar, una rara dificultad de controlar sus ideas y movimientos. Y vio enfrente, a una decena de metros, varias pupilas azuladas, que lo miraban con expresión demoníaca. Hizo un esfuerzo, y sin vacilar, sopló con energía en su silbato. Vossler le imitó. Unos pitidos estridentes rebotaron por las paredes curvas de la estrecha galería: En los monstruos hubo una confusión extraordinaria. De casi todos los puntos del cuerpo les surgían largos apéndices gelatinosos y deformes, como gigantescos seudópodos, con los cuales intentaban rodearse la pequeña y repugnante cabeza. No podían resistir los sonidos agudos, y esto lo sabía Rudolph Crantz desde tiempos atrás. Por eso proveyóse de. silbatos ultrasónicos. Otras armas no le hubieran dado

superioridad alguna en su lucha contra los seres de la Estrella.

-¡Malditos bichos, estúpidos fantoches -chillaba el capitán hundiendo sin piedad y hasta con delectación su estoque en las encogidas masas rosadas y en los ojos redondos-, el gran Rudolph Crantz os va a enseñar lo que supone despreciar y torpedear a un marino germano invencible en dos guerras! ¡Idos al infierno, pero entregadme antes todos los diamantes que tengáis y entregadme también al sabio Karl Schieber, a quien habéis embaucado con vuestras brujerías!

Vossler, sin resuello apenas, no cesaba de tocar el silbato salvador, que lanzaba sonidos de una frecuencia entre diez mil y veinte mil ciclos, suficientes para destrozar el organismo de los monstruos o, al menos, para destruir su sensible sistema nervioso. El profesor Karl von Schieber fue quien descubrió este punto débil de los seres de Otro Mundo, y el astuto Crantz utilizaba ahora la confidencia en su batalla contra los poderosos seres extraterrestres que no quisieron convertirse en aliados de sus audaces sueños de grandeza[1].

Diez o doce de aquellas espantosas criaturas, todas las que habían en el pasadizo, se revolcaban sin forma en el suelo y pugnaban por escapar hacia el techo, pegadas a las paredes como sucios manchones de viscosa materia gris y rosácea. Crantz y Vossler soplaban sin cesar en sus silbatos y a la vez el primero ensartaba en su estoque pingajos grasosos.

La luz de sus linternas portátiles alumbraban al final del pasillo una sala espaciosa, y ya sin enemigos detrás, avanzaron hasta encontrarse en una gran cámara circular excavada, al parecer, en la roca de extraña contextura. El techo, en forma de tosca bóveda, estaba cruzado en todas direcciones por cables metálicos y finas tuberías. Unas lámparas de cristal opaco alumbraban con tenue luz blanca el ámbito de Otro Mundo. A derecha e izquierda abríanse misteriosas y oscuras galerías. Sobre unas grandes mesas alargadas colocadas en el centro se veían numerosos libros y cuadernos de anotaciones, papeles cubiertos de guarismos, lentes, probetas, un mechero de Bunsen, dos microscopios, cristalizadores, gasómetros, una máquina calculadora eléctrica, motores y mil útiles más de investigación y estudio junto con objetos totalmente desconocidos. Las paredes estaban cubiertas de mapas, relojes, termómetros, barómetros y cuadros de control. Aquél debía ser el lugar de trabajo del profesor alemán. Todo encontrábase en el mayor desorden. En un

punto, al lado de un pequeño tornillo de mesa, había restos de comida y tubos de comprimidos. Un enorme gato persa se deslizó silenciosamente de un sillón cercano, donde se hallaría descansando, y arqueó el lomo, mirando con sus grandes y feroces ojos verdes a los intrusos.

-¡Profesor! ¡Profesor Schieber! -llamó Crantz con estentórea voz, que se multiplicó en un centenar de ecos.

Nadie respondió. De pronto Vossler echóse atrás al tiempo que daba un grito de aviso. El gato, con el pelo erizado y las garras engarfiadas tensaba sus músculos para saltar. Y lo hizo como un rayo. Crantz, rápido, lo recibió en la punta de su estoque. El animal dio un maullido horrible y cayó al suelo en mitad de su brinco, arrancando con su peso el arma de la mano del hombre, y se dispuso de nuevo a embestir, centelleantes los ojos. Crantz sacó la pistola y de un certero disparo le destrozó la cabeza al felino. La detonación resonó como un cañonazo.

Y entonces fue cuando, no la voz, sino la percepción sensorial de palabras e ideas que alguien o algo iba transmitiendo, llegó al cerebro de los aventureros. Los monstruos hablaban. Cranz sabía que así era cómo los seres de la Estrella se comunicaban entre sí y hacia los terrestres.

-Sois víctimas de vuestras pasiones insensatas, necios hombres de la Tierra. Acabáis de privar de su vida física al llamado Schieber, a quien en castigo de su traición y como experimento biológico, dimos la forma de ese animal irracional que llamáis gato. Ello es una leve muestra de nuestro poder, en comparación con el vuestro.

Crantz y Vossler sintieron erizárseles el cabello y un escalofrío les recorrió la epidermis. Miraron horrorizados el cadáver del gato persa.

Los últimos espasmos le estiraban los miembros y los fieros ojos ya no tenían brillo.

Comenzó Vossler a soplar con furia en el silbato, y agotado, emitió un alarido infrahumano *y* diose a saltar como un poseído *y* a reír con estruendosas carcajadas. El infeliz había perdido la razón. Rudolph Crantz miraba como hipnotizado el ensangrentado cadáver del animal. De súbito irguióse en toda su imponente estatura, cuadró los hombros y miró en torno, dirigiéndose retador al invisible monstruo que hablaba.

-¡Mentira! -le respondió-. ¡Mentira maldita! ¡Yo soy Erick Rudolph Crantz y no me dejaré engañar por hechicerías! -y al marinero enloquecido-:

¡Hans Vossler, ponte firme y saluda!

El hombre recibió como un impacto la orden de su jefe. Lo miró sorprendido unos instantes, y al cabo de ellos, temblando por la reacción, adoptó la rígida postura de firme y llevóse la punta de los dedos a la sien. El sudor le corría por la pálida y descompuesta faz.

-A la orden, capitán.

Rudolph Crantz respiró aliviado. El también sudaba y sentía frío y bochorno. Imponer e imponerse a sí mismo ecuanimidad y fortaleza, en tales circunstancias, precisaba un tremendo esfuerzo de voluntad, aun para su carácter férreo e indomable.

-Vamos, muchacho -dijo con humildad, con esa humildad llena de entereza que en los fuertes nunca es signo de capitulación-; vamos fuera, si podemos, que esta guerra no es nuestra. Ahí cerca hay soldados, barcos y aviones. Nuestros enemigos de ayer son hoy hermanos. Vamos a unirnos a ellos en la lucha que se avecina, a pelear codo a codo contra estos seres que no son de este mundo.

-Sí, mi capitán.

Se volvieron ambos hombres hacia la salida, pero entonces una llamada angustiosa les llegó desde una de las galerías del fondo. Crantz miró. Una forma medio humana, un guiñapo de hombre, pugnaba por adelantarse apoyado en sus manos y en sus rodillas. Detrás surgían, gesticulantes, varios de aquellos seres infernales.

-¡Huye tú, Vossler, y pon sobre aviso al oficial francés! -ordenó Crantz, y comenzó de nuevo a pitar con el silbato para detener con las ondas sonoras a los monstruos.

Vossler no se hizo repetir la orden. Atravesó el pasadizo saltando sobre las formas encogidas y reptantes, y a todo correr, lanzóse al aire libre, por el sendero abajo, hacia el mar. En muy pocos minutos llegó al lugar donde desembarcaran él y Rudolph Crantz, y sin detenerse un instante, arrojóse de cabeza al agua y reapareció nadando furiosamente hacia la hendidura.

La resaca pronto lo situó a buena distancia de las rocas malditas. La silueta del *Neuland* estaba enfrente, y más cerca, la lancha de motor. Vossler gritó, agitando un brazo. Sus vigilantes compañeros le descubrieron al punto, y el evadido de la isla de Otro Mundo dejóse mecer, feliz, por las ondas verdes y grises del océano.

Al ser izado a bordo de la lancha, los marineros mestizos extrañáronse mucho de ver a aquel rudo submarinista germano que, al igual que su capitán, teníase por invencible, llorar asustado y dar gracias a Dios por encontrarse en brazos de sus amigos.

CAPÍTULO VIII
LA BATALLA

Hasta pasados nueve días de su salvamento por el buque mercante noruego, Miguel Lamas y Janet Bullon no volvieron a verse. Durante todo este tiempo permanecieron detenidos e incomunicados -*secuestrados* era la palabra empleada por el español-, de acuerdo con las órdenes del alto mando militar conjunto europeo.

Las singularísimas circunstancias de la aventura de ambos fueron estudiadas con la máxima atención e interés por los Estados mayores y gobiernos de las principales potencias. Más aún, cuando otros sucesos ocurridos en lejanas latitudes aportaban valiosos datos complementarios para lo que diose en llamar -muy reservadamente para no alarmar al gran público-, "*el caso de la isla de otro mundo*". Se dispusieron los hilos convenientes para investigar y combatir en el momento oportuno, la existencia de seres extraños en la Tierra. No se regatearon esfuerzos ni gastos. Los más afamados detectives y técnicos fueron llamados a colaborar con el ejército. La buena voluntad y mejor disposición del español Miguel Lamas y de la francesa colonial Janet Bullon quedó ampliamente demostrada, y así ambos fueron autorizados, tras los días de intenso interrogatorio por parte de especialistas científicos y estrategas, a disfrutar de su libertad; pero siempre como *miembros militarizados*, es decir, como individuos civiles sujetos a la más rigurosa disciplina en clase de *agentes eventuales al servicio de la seguridad mundial*.

Los supervivientes del *Capri*, el barco hundido por los seres de la Estrella al sur de Australia -Pulpo Evans y sus hombres-, aunque en libertad aparente, fueron sometidos a estrecha y discreta vigilancia. Rudolph Crantz, a quien se le respetó de momento su personalidad supuesta, no fue considerado como enemigo, dejándosele que se enfrentara voluntariamente con los monstruos, aunque su travesía en el *Neuland* la llevase a cabo con más rapidez de la calculada por los peritos navales y así pudo llegar a la isla de Otro Mundo antes que las fuerzas internacionales movilizadas al efecto.

Con anterioridad, la isla de *Dientes de demonio* fue examinada desde el aire y vigilada desde Posesión, pero dejóse su ocupación absoluta hasta poseer mayores conocimientos y seguridades en contra de una posible

resistencia organizada de los poderosos seres descritos por Lamas. En Posesión fueron hallados por el destacamento de desembarco Fabricio Duque, Gregor Bullon y Domingo, todos ellos enloquecidos por visiones extrañas y amenazas fantásticas. La totalidad de las pruebas venían a coincidir exactamente con el largo y completo relato hecho por Miguel Lamas, y a los dieciséis días, otra contribución valiosísima vino a enriquecer el ya grueso expediente del "*caso de la isla de otro mundo*". El marinero alemán hospitalizado en Perth por la generosidad de Crantz -el fiel y valeroso Hermann-, antes de morir, hizo una larga historia de las andanzas de Crantz y sus hombres en Crozet y pidió gracia para ellos. La gesta, a los quince años de acabada la guerra, mereció el respeto y la admiración de todos, aun cuando prohibióse, al igual que el resto del *caso*, hacerla pública.

Janet quedóse en el establecimiento sanitario militar de Tananarive, en Madagascar, donde se hallaban recluidos y al cuidado de médicos eminentes, Gregor, Domingo y el Duque. Miguel Lamas acogió muy complacido la orden de acompañar hasta Crozet a las fuerzas expedicionarias designadas por el mando. A su legítimo orgullo de figurar como asesor especial y personal del Estado Mayor expedicionario, uníase su curiosidad siempre insatisfecha por las cosas de los monstruos y su deseo de volver a ver a Pulpo Evans y Rudolph Crantz.

Durante la travesía aérea les llegó la noticia de que el *Neuland*, el nuevo barco de los esforzados capitanes, había recalado en la isla de *Dientes de demonio* y de que el germano habías metido temerariamente en la boca del lobo. El oficial destacado en Posesión pedía desesperadamente instrucciones. En todo aquel tiempo no habíase notado movimiento sospechoso alguno en el islote de la Estrella, pero Lamas acuciaba a los jefes en el sentido de iniciar rápidamente una gran ofensiva. Estos no se mostraban tan alarmados como el español. A. fin de cuentas, no tenían de los monstruos otra experiencia que la puramente teórica.

-No se ha vuelto a ver un *platillo volador*, que sepamos -decía con suficiencia el coronel Bourdon convencido, quizá, de que el aparato militar desplegado habría sido suficiente para aterrorizar a los fantásticos habitantes de algún lugar de la Galaxia.

-¿Qué quieren ustedes -clamaba Lamas, indignado-, que caigan de pronto sobre París o Londres, y no dejen piedra sobre piedra? Pues sepan que

pueden hacerlo -y se extraviaba en perplejidades-. Algo esperan... No tienen prisa... ¿Por qué?

Al fin, al mediodía del mismo en que Rudolph Crantz desembarcara en el islote misterioso, cuatro grandes reactores de transporte con flotadores amerizaban en la bahía Navío. Unidades de guerra, entre submarinos y cruceros, algunos movidos por motor atómico, convergían a toda velocidad desde Australia, Sudáfrica, Tolón, Canarias, Okinawa, Yokohama y Vladivostok.

El *Neuland* permanecía anclado junto a la isla de Otro Mundo. Había radiado un mensaje del capitán Crantz, transmitido por el marinero que le acompañó a la guarida de los monstruos y el cual había vuelto a bordo de su buque tras una aventura alucinante. Rudolph Crantz firmaba con su nombre y títulos profesionales verdaderos, y ponía en guardia a la Humanidad contra los invasores monstruosos.

Fue dispuesta la progresiva invasión del refugio de los seres extraños. Se desistió de lanzar paracaidistas, pues la escasa superficie del islote y su accidentado suelo no ofrecían seguridades de aterrizaje. Pensóse en una flotilla de helicópteros, pero su vulnerabilidad por medio de defensas situadas en el objetivo hacía vacilar a los mandos. La mayoría se mostraba partidaria del desembarcó en lanchas, en la pequeña playa de la costa norte; más no se disponía de momento de tales lanchones, que serían traídos en los barcos no esperados hasta quizá pasada la medianoche.

-Déjeme ir en un helicóptero, señor, con diez hombres -pidió Lamas al coronel-. Armados, como iríamos, con pistolas *sónicas*, una vez puesto el pie allí nos defenderíamos con éxito hasta la llegada del grueso de las tropas.

-¿Y si no llegan a aterrizar, siquiera?

-Pues... ésa es la guerra, señor.

Sometióse la idea a discusión y el mando se opuso a que fuera un civil quien primero hollara oficialmente la isla de seres del mundo desconocido. Indignóse Lamas, pero su enojo sólo le valió una severa amenaza de ser arrestado. Hubo de permanecer, reprimida su furia, en la cabina general del avión insignia. Ni siquiera le fue permitido bajar a tierra. Aquellos hombres le consideraban en el fondo como un advenedizo, un intruso impuesto por el azar, y se resistían a facilitarle motivos para una nueva y mayor significación personal.

Y se hallaba el improvisado aventurero español contemplando el gris panorama del litoral frío y hostil, cuando oyó a alguien que le hablara. Pero sin voz, sin ondas sonoras que pudiera percibir con su órgano auditivo, aunque las ideas llegaran con nitidez perfecta a su comprensión íntima.

Un ser de la isla de Otro Mundo *hablaba*.

-Di a tus congéneres -decía el invisible *locutor*-, que no les reportará beneficio alguno hostigar a las criaturas venidas de otro mundo del espacio ; que no intenten desentrañar algo que siempre escapará a vuestro limitadísimo intelecto; que no osen atacar; que acepten sin temor nuestra presencia en la Tierra; que se retiren.

-Nada de eso es ya posible -respondió Lamas-. No me escucharían, además. ¿Por qué no os dirigís a los jefes? -y miró en su torno sorprendido, pero sin miedo.

-Tú los has traído y ahora no puedes dominarlos -llególe la razón extraña-. Os destruiremos, pero para ti hay una oportunidad. ¿Quieres salvarte?

Un pequeño y rarísimo artilugio volante evolucionaba ligero al otro lado de la gran escotilla transparente. Dos formas encapotadas, con vestimentas grises tripulaban la descubierta nave. Lamas, hosco, transmitió su decisión.

-Yo estaré siempre con ellos -e iba a seguir razonando, a inquirir noticias de Crantz y Schieber, cuando un movimiento inusitado prodújose en los aviones y en la costa.

La nave misteriosa había sido avistada. Las fuerzas de la Tierra sacudiéronse los primeros instantes de estupor y pasaron a la ofensiva. Dos cazas reactores surgieron de sus nodrizas para interceptar al aparato volador desconocido. Este se escapó en vertical como un cohete, dejando desorientados a los aviones terrestres y. mientras éstos iniciaban las maniobras precisas ya la nave extraña habíase perdido más allá de las nubes plomizas. Un minuto después los servidores de la cadena de radar anunciaban que algo descendió del cielo y se perdía entre las rocas brillantes del islote enigmático. Era la nave fantástica, que volvía a su base.

Lamas puso en conocimiento del coronel Bourdon el mensaje de los, monstruos, lo cual, naturalmente, no fue tomado en consideración. Más que nada, irritó al español el gesto de incredulidad de algunos altos oficiales.

Fueron acelerados los preparativos para la invasión del islote. Veinte helicópteros y una flotilla de pequeñas lanchas rápidas quedaron aguardando la señal de ataque. Diez cazas bombarderos comenzaron a patrullar incansablemente sobre el leve y afilado promontorio.

Y entonces llegó, de modo imprevisto, el momento crucial de la batalla apenas iniciada. La emisora de radio del *Neuland* retransmitía desesperadamente un mensaje que Rudolph Crantz, con su chaqueta en una mano y su chaleco de lana en la otra, lanzaba por el viejo código marinero de banderas. Vossler, encaramado en un palo y con unos prismáticos, vio a su capitán y recibía su comunicación angustiosa. Los observadores aéreos también recibían el aviso del capitán germano.

"*La isla de Dientes de demonio va a saltar, desintegradas sus partículas atómicas. El profesor Schieber va a realizar su gran venganza. Los monstruos van a ser destruidos para siempre. Retírense todos, sin perder un solo instante, a doscientas millas de distancia, como mínimo*".

El *Neuland* radiaba en francés, inglés y alemán, de modo intermitente e incesante, y los aviones ratificaban, pero el mando conjunto expedicionario decidió investigar antes que obedecer.

Sólo se dispuso uno de los aviones de transporte para que los hombres que así lo desearan se pusiesen a salvo. La libertad individual de acción, en casos muy especiales de emergencia, era respetada, aun en el ejército, en aquella segunda mitad del siglo XX. Claro, que imperaba siempre la firmísima voluntad de luchar y vencer. Así lo juzgaron el coronel Bourdon y la mayoría de sus oficiales y tropas. Apenas unos pocos hombres escucharon a Miguel Lamas, quien por conocer mejor que nadie a Rudolph Crantz admitía ciegamente sus instrucciones. Lamas sabía que Crantz, en aquella ocasión, era sincero y obraba animado por un gran espíritu de solidaridad universal.

El avión cortó las aguas de la bahía y elevóse en el aire frío hacia el noreste.

Y antes de que la isla de *Dientes de demonio* se esfumara entre la verdosidad de las aguas, una explosión silenciosa tiñó de negro, plata y marrón el horizonte azul. Inmediatamente después una onda sonora larga y poderosa llenó de ecos horrísonos el vasto ámbito del océano. Vaciló sobre sus alerones el avión como sacudido por un fortísimo soplo, y en seguida unos penachos de humo dorado invadieron el cielo helado y plomizo...

* * *

Cuando el capitán Rudolph Crantz hubo perdido de vista y oídas a Hans Vossler, arremetió precedido por las agudas ondas sonoras de su silbato salvador contra los monstruos. Se replegaron los seres de la Estrella y Karl von Schieber, a gatas, por el contrario, siguió avanzando. Sujetóse fuertemente al extremo de una mesa y se levantó casi en vilo, hasta ser sostenido por el audaz capitán.

Van... aprendiendo. Ya... mienten -dijo, por todo saludo.

-¡Yo lo sabía, profesor! ¡Usted no podía ser... *aquello*!

-Porque ha llegado a tiempo, capitán. Si no..., ¡quién sabe!

-¿Sería posible?...

-Tienen capacidad e inteligencia... para realizar lo más inverosímil. Juegan con los átomos y las células como... seres verdaderamente superiores que son.

-¿Resultan... invencibles, entonces? -murmuró Crantz estremecido, en un hilo de voz, dejando para ello de usar el silbato.

El profesor Schieber asintió a medias y de pronto le brillaron los hundidos ojos celestes y esbozó una sonrisa diabólica.

-Pero están también sujetos... a la vulnerabilidad física de todos los seres de la Creación. Tienen su talón de Aquiles.

-Ya lo sabemos, profesor: las ondas sonoras...

-Me refiero a otra cosa más sutil -y el sabio irguióse, apoyado siempre en su mesa de trabajo-. ¡Los he engañado, capitán, los tengo en mis manos!

Ante el gesto de estupor de Crantz, el profesor conectó un diminuto motorcillo que entre una variedad inmensa de aparatos tenía en una platina auxiliar, y un zumbido tenue, pero molesto, empezó a resonar en la caverna de Otro Mundo. Los monstruos perdiéronse en las galerías oscuras.

-Sonido del orden de cuatro mil hertzios -explicó-. Es para mantenerlos alejados, nada más. Puede usted dejar de soplar por ahora.

-Gracias, señor. Pero...

-¡Sí, puedo destruir esta maldita isla con todo lo que contiene! ¡Puedo hacerlos desaparecer para siempre del orbe, y eso es lo único que ellos no saben!

-¡Pues hágalo, profesor, hágalo inmediatamente y véngase conmigo, a

mi barco!

-No puedo... Necesito dos o tres horas de tiempo... y su ayuda incondicional, capitán.

La mirada de Rudolph Crantz se ensombreció.

-Trátase de librar a la Humanidad de los monstruosos seres de Otro Mundo -dijo solemnemente el profesor-. Puede irnos en ello la vida. ¿Es un precio demasiado elevado el que le exijo, capitán Crantz?

-De milagro vivo desde hace muchos años, señor. ¡Adelante! Vaya una victoria por la otra.

Ambos hombres se estrecharon la mano y en seguida Karl von Schieber comenzó a disponer los útiles para llevar a cabo su heroica obra. Crantz, con la mayor diligencia, entregóse a las labores encomendadas por el profesor. Previamente se cubrieron la cabeza con una especie de casco flexible y transparente adosado al cuello y las orejas como un pasamontañas y protegiéronse los ojos con unas grandes gafas de plástico lo cual, según aseguró el profesor, debía servirles principalmente para no sentir los funestos efectos de la proyección telepática e hipnótica de los habitantes de la isla.

-No osarán atacarnos de otra forma mientras se mantengan alejados por la vibración sonora. Debemos, sin embargo, disponer el impulsor de fisión en cadena lo más pronto posible.

Crantz efectuaba sin descanso, bajo la dirección del sabio, todo el trabajo manual precisado por éste, sin tener la más pequeña idea de lo que hacía. Sólo conocía el final, que no podría ser otro que el triunfo de los hombres de la Tierra, y ello le bastaba. Schieber, entre las indicaciones de orden técnico y táctico, íbale comunicando a su colaborador detalles y sucesos de su vida con los monstruos, que hasta entonces había guardado en secreto. Así supo el capitán de la terrible lucha íntima mantenida por el científico durante los largos años de voluntario confinamiento, de sus ilusiones fallidas y del reconocimiento final de su verdadero deber. Los monstruos tenían una idiosincrasia totalmente distinta a la de los terrestres. Sus procesos mentales desorientaban siempre al profesor. Ninguna de las virtudes humanas, como igualmente ninguno de los defectos, podíansele atribuir. No eran ni buenos ni malos, ni humildes ni soberbios, ni cuerdos ni locos. Eran distintos. Schieber consideróse desligado de ellos a partir del momento en que atacaron y hundieron el *Capri* con toda su tripulación. Por eso aprovechóse de las

circunstancias subsiguientes; el grito de Janet que los aturdió hasta lanzarlos en un raudo vuelo sin rumbo, la colisión providencial con un proyectil terrestre de pruebas, la posibilidad de lanzar fuera del *platillo volante* a Lamas y a la muchacha en las proximidades de un barco que los recogiera para que se salvaran y dieran a la vez al mundo la voz de alarma. Pudo en aquella ocasión hacerse con los mandos de la nave voladora, y era su intención conducirla a un portaaviones o aeródromo militar europeo o americano, pero los monstruos se repusieron y fue descubierto. Entonces pasó a ser un prisionero, pero ya los factores técnicos para su venganza estaban acabados desde hacía tiempo y no le restaba más que ponerlos en funcionamiento. No precisaba sino ser liberado unas horas, como por fortuna habíalo sido a causa de la feliz irrupción de Crantz y sus silbatos sónicos en el interior de la isla de Otro Mundo.

-Los hombres de la Tierra deben conocer todo eso, profesor -dijo entusiasmado el capitán-. Sus proezas son dignas de la admiración del mundo entero.

-Antes que la condecoración hay que conseguir el triunfo. Una esos hilos dorados a las conexiones tercera y sexta de la base del ciclotrón. Ajuste después cuatro de los diez extremos sueltos de esa tela de araña metálica que pende del techo. Tenga cuidado con la palanca roja del cuadro.

La labor prosiguió agotadora, rápida y con precisión matemática. De vez en vez Crantz miraba a las galerías, temeroso de que los monstruos, como era de presumir, interrumpieran apoyados en algún poder misterioso una operación tan decisiva para ellos.

-No tema -le tranquilizó Schieber-. Los conozco bien en este aspecto. No poseen el sentido del miedo a la derrota o la muerte, porque no saben que ambas cosas los pueden atacar.

-¿Pero qué clase de gentes son, señor? ¿Se creen inmortales?

-Y acaso lo sean, en cierto sentido, pero todo esto es muy complejo. Lo que sí sé es que los átomos de que están compuestas sus células pueden ser escindidos, y eso es lo que vamos a hacer... dentro de no muchos minutos.

-¿Y si se van... antes?

-Ayer destruí, en una prueba experimental, todos sus aparatos voladores. No podrán generar otros hasta pasados unos días.

Crantz miró receloso al profesor. No entendía nada. Sin querer le vino

la sospecha de que Karl von Schieber hubiera perdido la razón Y entonces...

No obstante prosiguió trabajando esforzándose en pensar en el triunfo. Así llegó el momento en que el sabio anunció que todo estaba dispuesto para hacer desaparecer la isla con todo lo que estuviera en un radio de media milla en todas sus direcciones.

-Pero el peligro alcanzará hasta las ciento cincuenta millas a la redonda, probablemente -dijo-. No me parece acertado utilizar la radio. ¿Cómo podemos avisar a los hombres que están en las islas, para que se retiren?

-Se pueden emitir señales luminosas en Morse.

Guardó silencio el profesor, absorto en sus misteriosas manipulaciones.

-No podemos faltar de aquí ninguno, por ahora -murmuró sin mirar a su compañero-. Cuando yo le avise, salga... y haga lo que pueda.

-¿Habrá tiempo para hacer algo?

Tardó Schieber un largo minuto en responder:

-Tendrá tiempo, capitán Crantz, para ponerse a salvo o para avisar. Pero no, desgraciadamente, para ambas cosas.

Algo extraño comenzó a suceder de pronto. El sonido expandido por el motorcillo refluía, se tomaba bronco y suave en intermitencias sucesivamente mayores. Algo había que rechazaba el sonido agudo, que lo comprimía hacia su origen, que lo apagaba a pesar de que en apariencias nada había que interrumpiera la marcha del motor ideado por el profesor.

Los dos hombres se alarmaron. Crantz, desesperado al no poder hacer nada. Schieber, sorprendido y perplejo al hallarse ante una manifestación de fuerza desconocida. Y no les cupo tiempo para hacer otra cosa que repeler, improvisadamente, la embestida de los monstruos.

El sabio alemán gritó moviéndose por entre las mesas repletas de artilugios, cuadros, dispositivos e instrumental:

-¡Huya, Crantz, por el amor de Dios! ¡Huya, que voy a hacerlo saltar todo!

Una nube de masas de protoplasma y ojos alucinantes invadió la enorme estancia cavernosa. El movimiento amiboideo de centenares de protuberancias rosadas semejó un extraño bosque vivo y amenazador. Un vaho repugnante, caliente y húmedo, extendióse por la gran cámara de magia

y de muerte. El aire parecía electrizado. Schieber clamaba entre sus aparatos, pidiéndole al capitán que se fuera a cumplir su misión.

Rudolph Crantz sintió miedo, un miedo incontenible, y a la vez una resolución enérgica, avasalladora. Aquellos seres de Otro Mundo no debían conquistar la Tierra. No debían, no podían sobrevivir a los paladines del tercer mundo del Sol.

-¡Adiós, señor!

El marino, antes de que los seres informes le rodearan, saltó furioso hacia la galería del exterior. Un murmullo horripilante quedó atrás. Soplando en su silbato, el capitán germano alcanzó las amarillentas rocas, a la luz del día. Un sol esplendoroso le pareció la claridad difusa filtrada por las nubes plomizas.

La isla de *Dientes de demonio* temblaba sobre su basamento hundido en las aguas, frías. Crantz vio lejos, en el mar, la silueta del *Neuland*. Unos aviones volaban en torno al islote. No podía lanzarse al agua y alejarse para llevar su, mensaje. Era tarde. Los monstruos bullían allá dentro, donde el profesor Schieber no les dejaría impedir que la gran venganza del sabio y la gran victoria de los hombres de la Tierra se realizara.

Y Erik Rudolph Crantz, en la parte más alta de la isla maldita, se quitó la chaqueta y el *maillot* de lana y comenzó a mover ambas prendas en el aire, rígidos los brazos y erguido el gigantesco busto, transmitiendo al *Neuland* y a los aviones el aviso de que la isla de Otro Mundo, llevándose un trozo de éste, iba a desaparecer para siempre.

Era la batalla decisiva de su vida, el último gesto de su innata condición de héroe...

Y la isla venida del cielo comenzó a estremecerse...

CAPÍTULO IX
CARA VICTORIA

Ante la mirada extática y angustiada de los tripulantes del avión de transporte alejado de Crozet, desarrollóse la tragedia. Tras los cegadores destellos y la negrura intensa, durante más de veinte minutos, permanecieron en el cielo gris los enormes y densos jirones de humo negro, plateado, verde y ocre.

El comandante de la nave mandó disponer en el exterior los detectores de radiactividad y luego determinó aguardar la llegada de los primeros buques que navegaban hacia la isla maldita. Al caer la noche un crucero francés, guiado por radar, se puso al pairo. En las horas sucesivas llegaron junto al avión tres sumergibles de distintas nacionalidades y las escuadrillas de reactores de vanguardia de un portaaviones inglés. Los jefes de la flota fueron informados, y antes del amanecer acercáronse cautelosamente las unidades navales y aéreas al lugar siniestrado. A veinte millas del archipiélago fue establecida una base flotante y sólo siguieron adelante dos submarinos y diez aviones, con toda su dotación protegida por herméticos trajes especiales antirradiactivos. Miguel Lamas ocupó un puesto en uno de los sumergibles, de bandera española.

Las Crozet estaban más desiertas que nunca. Ni un solo pájaro volaba sobre sus aguas ni por entre sus picos rocosos. Imperaba el silencio absoluto, solamente turbado por el romper de las olas y el rumor de la resaca. No había otro signo de vida en los islotes. Las aguas llevaban de un lado a otro múltiples vestigios de naufragios. Fuselajes quebrados, trozos de alas, cascos destrozados de lanchas y hasta algún cuerpo humano con restos de uniforme. Una gran variedad de peces muertos flotaban asimismo en una inmensa área. La isla de Posesión, en su lado meridional, aparecía hendida e invadida por el mar. El islote de *Dientes de demonio*, conocido también por *Isla de Otro Mundo*, no estaba ya en la faz del océano. Una superficie agitada por ondas verdes y azules, sin peces ni pájaros ni vestigios de catástrofe, ocupaba el lugar donde la isla misteriosa había permanecido hasta once horas antes.

El desembarco en la bahía Navío se hizo sin dificultades. La tablazón del embarcadero, así como la casa-factoría de Gregor Bullon y los cobertizos, parecían haber sido barridos por un tifón: las construcciones destrozadas, las

planchas metálicas dobladas, desperdigadas las mercancías en centenares ,de metros cuadrados, el mobiliario lanzado a los lugares más inverosímiles, los flotadores de uno de los transportes aéreos colgados en una roca muy lejos del mar.

-La onda explosiva ha debido ser tremenda -observó con estupor un oficial.

-Y las aguas... -dijo otro-. Es como si un temporal gigantesco, fantástico, hubiese batido estas costas.

-Las aguas -fue el comentario de Lamas-, han tenido que llenar en pocos instantes el hueco dejado por la isla de Otro Mundo.

Con preferencia a otra cualquier actividad, dedicáronse los expedicionarios a la búsqueda de posibles supervivientes. Los aviones patrullaron incansablemente sobre una extensión amplísima. Sólo hubo la sospecha de que en la isla del Este, la más oriental del grupo y a la vez antiguo albergue de Crantz y sus marinos, hubiéranse refugiado algunos hombres. Había en ella algunos barracones que por su enclave particular habían resistido algo mejor a la violenta explosión nuclear. Y aunque no se notaba movimiento en ellos, en sus cercanías fueron divisados cuerpos humanos yacentes.

-Quizá sean cadáveres arrojados por las olas. Allá se ven, asomando de las aguas, los mástiles de un barco hundido a pocas brazas de profundidad -apuntó un observador.

-¡Debe ser el *Neuland*, el barco de Rudolph Crantz! -dijo Lamas.

En efecto, era el *Neuland*, sorprendido quizá por la destrucción cuando intentaba resguardarse tras la mole de la isla del Este. La vorágine de las aguas lo ingurgitó, como a todo lo demás que había en torno del islote desintegrado.

Una lancha de desembarco fue botada de cada sumergible para explorar la guarida de los robinsones germanos. En la fría y pedregosa playa; diseminados, yacían casi todos los hombres del *Neuland*, los cuales habían conseguido llegar a nado a la inhóspita tierra sólo para morir, bien golpeados contra las escolleras o bien alcanzados por las partículas altamente radiactivas que todavía saturaban el ambiente.

Sólo tres hombres estaban animados aún por un soplo de vida: el alemán Hans Vossler, uno de los mestizos de las Reunión y el capitán Pulpo

Evans. Rápidamente fueron adoptadas las medidas necesarias para intentar salvarlos. Un avión convertido en ambulancia improvisada tomó tierra dificultosamente, pero con éxito, en un breve terreno allanado por los alemanes para cultivar en él especies hortícolas.

Apenas pudo Miguel Lamas acercarse al viejo capitán Pulpo. Los técnicos en radiactividad del grupo expedicionario lo prohibieron, y sólo pudo el aventurero saludar con un gesto afectuoso al patrón del *Capri*. Este le reconoció, y mientras era acomodado en una camilla, gritóle entre expresiones jubilosas y dramáticas algo muy poco inteligible que en principio fue juzgado por todos como ideas delirantes. Después, como los otros dos tripulantes del *Neuland* hallados con vida, quedó sin sentido.

-"*El submarino de Crantz... la muchacha rubia... Holanda... Vaya usted...*" -se repetía Lamas perplejo, tratando de descifrar el significado de las excitadas voces últimas de Pulpo Evans.

La exploración de la isla prosiguió hasta ser recogidos todos los cadáveres y tomadas muchas fotografías y muestras para ulterior estudio. Todos los miembros de la patrulla desembarcada tenían severas instrucciones de no tocar cosa alguna sin los guantes especiales de que iban provistos. Las piedras y maderas presentaban extrañamente calcinado el lado que daba hacia la situación del desaparecido islote de Otro Mundo. La escasa vegetación que existiera antes había sido destruida, así como toda manifestación de vida. Los barracones aparecían enteros, pero carbonizados en su fachada occidental. En uno de ellos, el mayor y mejor construido, penetró Miguel Lamas con el comandante del grupo. Era la casa que había pertenecido a Rudolph Crantz. Dentro de las elementales condiciones de vida de aquellos hombres solitarios, la vivienda estaba muy bien montada. No faltaban sino los objetos personales que su dueño habríase llevado consigo al partir para Australia, aunque la perfecta conservación de lo demás no delataba que fuera a ser abandonado definitivamente. Había una tosca vitrina con cachimbas, paquetes de tabaco, botellas de licores y útiles de pesca; una mesa, un camastro, taburetes, libros en un anaquel y mapas y litografías de buques y mujeres cubriendo las paredes.

Lamas contempló con tristeza esta humilde e interesantísima cámara ya por siempre vacía, ya por siempre sin el hombre que la construyó y la vivió. ¿Cuántos sueños, cuántas inquietudes tuvieron por testigos estas

paredes de maderos húmedos y estos buques que ya, también, estarían deshechos en profundidades oceánicas ignotas? ¿Cuántos proyectos de alianza o de relación con seres de Otro Mundo se fraguaron allí?

De pronto Miguel Lamas se fijó en dos grandes y viejas fotografías en color que estaban clavadas con anchas tachuelas en un rincón de la estancia, junto a la gran mesa, y sus divagaciones cesaron. Las palabras postreras de Pulpo Evans volvieron otra vez a zumbarle en los oídos:

-"*El submarino de Crantz... la muchacha rubia... Holanda... Vaya usted...*"

Aquellas fotografías, colocadas en ángulo recto con uno de los lados de la primera montado sobre la segunda, representaban respectivamente un flamante submarino en el puerto de Kiel y una bella joven de rubias trenzas en un fondo inconfundible de prados y molinos de viento.

-"*El submarino de Crantz, la muchacha rubia, Holanda...*"

Sin vacilar, obediente a una intuición súbita, mientras sus compañeros daban la última ojeada al lugar Lamas dirigióse a los grabados y los arrancó de la pared.

-¿Qué demonios hace usted? -gritó el oficial comandante de la patrulla.

Lamas no respondió. Miraba absorto una especie de trampilla excavada en la gruesa columna angular, en la parte oculta hasta entonces por las viejas fotografías. Uno de los hombres, portador de un machete con el que removía piedras y objetos, fue llamado por el oficial.

-Abra eso. Nuestro amigo piensa que puede ser interesante.

La trampilla fue forzada y de la concavidad

aparecida fue extraído un cofre de madera revestido con chapas. metálicas. El cofre carecía de cerradura y así, sin dificultad, fue abierto por el jefe de la patrulla. Una exclamación brotó de los labios de cuantos presenciaban el inesperado hallazgo. Allí había, quizá, hasta un centenar de enormes diamantes sin pulir sobre un fondo de desconocidas monedas de diferentes tamaños y colores.

-¿Usted sabía que esto estaba aquí? -gruñó, casi de mal talante, el oficial expedicionario.

-No, pero lo presentía -dijo Lamas-. Este tesoro ha sido guardado aquí por Rudolph Crantz y sus marineros, y procede de los seres de la Estrella. Los

hombres del *Neuland* sí lo sabían, y venían por él, pero no les ha sido posible llegar...

-¿Cuál cree que podrá ser su valor?

-No puedo saberlo -afirmó Lamas, ante la expresión excitada de los seis hombres-, pero debe ser mucho... mucho.

-Regresemos a bordo.

Con el cofrecillo debajo del brazo y seguido de Lamas y el resto de los desembarcados, el oficial emprendió la vuelta al sumergible. Allí hizo entrega del tesoro al comandante, el cual, ante todos los presentes, mandó precintar el cofre y levantar acta del hallazgo.

Las fuerzas exploradoras y de salvamento reuniéronse en la bahía Navío. El reconocimiento inicial del lugar de la catástrofe diose momentáneamente por terminado. La radiactividad era muy intensa, y por tanto peligrosa cualquier estancia más dilatada. El informe oficial estaba completo. La pérdida total de las fuerzas mandadas por el malogrado coronel Bourdon era ya un lamentable hecho, así como el hundimiento del *Neuland* y la desintegración atómica absoluta de la misteriosa isla de Otro Mundo.

-El rescate del tesoro de ese alemán ha sido el único capítulo grato de esta operación -dijo el comandante del sumergible.

-Y la derrota y desaparición definitiva de los monstruos, señor -observó Lamas-. Aunque en verdad, ha sido una victoria cara. Si Bourdon hubiese hecho caso del aviso de Rudolph Crantz y de la ofensiva solitaria de Karl von Schieber...

-¡No podía de ningún modo hacer caso! -exclamó con acritud el comandante-. ¡El coronel no podía obedecer sin más a unos forajidos, ni había visto jamás a esos... monstruos, como igualmente yo tampoco los he visto!

-Pues mucha mejor suerte que el coronel Bourdon ha tenido usted, señor, porque hubiérase convencido de su nefasta realidad, como él, demasiado tarde.

Por toda respuesta Lamas recibió un gruñido. Decididamente, aquellos hombres eran muy positivistas. Habían de ver y tocar para creer. Serían capaces de acusarlo a él, al escritor de cuentos fantásticos Miguel Lamas -Mike Garland, como había de firmarse para suscitar el interés debido-, como creador imaginativo de la historia de los seres de Otro Mundo.

-¡Él, que con sólo una de aquellas monedas como pista inicial había

logrado llegar casi a las entrañas de uno de los sucesos más grandiosos de todas las aventuras del Hombre!

CAPÍTULO X
PRESAGIOS

Habían pasado seis largos meses desde los trágicos y todavía extraños sucesos ocurridos en las lejanas islas del oeste del Índico austral.

En la casa de recreo que en la Costa Brava poseía Fabricio Duque, solo en el amplio mirador sobre el mar azul, hallábase Miguel Lamas, contemplando la línea difusa del horizonte. Su pelo castaño oscuro tenía en las sienes mechones blancos y sus ojos negros una expresión nueva más serena, más profunda. Estaba cansado. Había dejado de escribir momentos antes, dando por finalizado el. relato de sus viajes y aventuras, a partir del momento en que por azar cayera en sus manos la misteriosa moneda del ignorado pueblo de otro mundo del espacio.

Mientras más cavilaba en cada detalle de sus andanzas y observaciones pasadas, nuevas y lógicas deducciones hacíanle concebir ideas y razonamientos de compleja solución. Había dado conferencias, escrito crónicas, sostenido charlas y discusiones con científicos, sociólogos, artistas, astrónomos, ingenieros, filósofos, y nada tangible tenía apenas para probar sus asertos, sino los recuerdos y la pobre testificación de tres o cuatro personas a las que por su afinidad o desvarío no se les concedía entero crédito.

Janet Bullon era para ello el más valioso colaborador, pero por causa de sus obligaciones no podía tenerla aún a su lado. Aquel mismo día precisamente la esperaba. La joven tenía anunciada para las últimas horas de la tarde su presencia en la bella mansión, una vez liquidados los negocios de su tío en Madagascar y recluidos en una casa de salud de Marsella Gregor Bullon y Domingo. Pulpo Evans y el marinero de las Reunión convalecían todavía en un internado especial de enfermos por radiactividad. Hans Vossler había muerto cuatro meses antes, pero consiguió verse admirado como un héroe y murió feliz, saludando a sus desaparecidos compañeros y al capitán Crantz y asegurándoles correr para siempre al lado de ellos.

Miguel Lamas no tuvo que hacer esfuerzos para dar a conocer al mundo las maravillosas gestas de aquel puñado de hombres lanzados al mar a guerrear veinte años antes y cuyas proezas culminaron con la primera victoria interplanetaria del género humano terrestre.

No se puso en duda por nadie la realidad y posterior destrucción de la

isla de Otro Mundo, la aventura de los robinsones y la hazaña de los dos españoles Duque y Lamas. Pero la existencia de los monstruos antojábaseles a muchos, profanos y documentados, un hábil arreglo del escritor de ficciones para prestar un interés mayor a su aventura vivida. Porque lo cierto es que nadie, excepto Janet, Duque y él mismo, vivía para contarlo. El testimonio de Vossler, Gregor y Domingo no fue tenido muy en cuenta. Hasta dábase el caso que Pulpo Evans, que tan

primordial parte tomó en el caso, no logró nunca ver a ninguno de los cacareados seres de la Estrella.

-¿Habrá quedado alguno vivo? -decían muchos-. Búsquelo, Miguel Lamas, y tráiganoslo.

-¿Volverán de nuevo a la Tierra? -preguntaban burlones, otros-. ¿Cuándo? ¿Y qué lugar escogerán ahora para vivir y lanzar sus naves voladoras?

-¿Se reproducirán todavía sus organismos protoplasmáticos en el fondo del mar? -temían los suspicaces y pesimistas-. Debería usted vigilar esto, Miguel Lamas, y asesorar a las autoridades defensivas.

-¡Qué lástima que no haya quedado siquiera uno de esos monstruos para que nuestros sabios lo hubieran hecho hablar! -se lamentaban, entre sinceros y sarcásticos, los más- ¡Qué cosas interesantísimas nos habrían dicho a nosotros, pobres y primitivos hombres de la Tierra!

Lamas sentíase muy molesto por la incomprensión, la incredulidad y el afán de mofa que encontraba con demasiada abundancia. Hasta la celebridad conquistada le irritaba ya, y por eso decidió irse a vivir a la casa que en la costa gerundense habitaba su amigo Fabricio Duque, todavía convaleciente de sus nervios alterados y sus huesos rotos. Allí aguardaban ambos a Janet Bullon, y allí esperaban los tres vivir en paz una larga e indefinida temporada. Acabaron para siempre los apuros económicos para el escritor, pues además de tener que percibir una crecidísima cantidad de lo que le correspondiera del tesoro de Crantz, su firma literaria gozaba de un elevado renombre en el mundo entero.

-Has sido el que ha salido mejor parado de la aventura, Miguel -decíale afectuosamente el Duque, incorporado en su camilla de ruedas-. Pero bien sabe Dios que no me quejo. Estoy contento. Solamente...

-Ya te he dicho mil veces que sólo son imaginaciones tuyas. El

profesor Virgili y el mismo doctor están cansados de repetirte lo mismo.

-El profesor y el doctor no saben nada de eso; pero tú... -reprochó el Duque-. Tú sabes cómo *hablan ellos*.

-Cómo *hablaban*, querrás decir, amigo mío.

Fabricio Duque venía sosteniendo con tenacidad que creía percibir, con cierta frecuencia, comunicaciones etéreas de los monstruos: lamentaciones, veladas amenazas, observaciones ininteligibles. A veces despertábase sobresaltado, llamando a gritos a servidores o amigos. No quería estar solo, temiendo encontrarse obligado en cualquier ocasión a obedecer la siniestra e imperiosa llamada de los seres de la Estrella que sin duda habían sobrevivido a la desaparición de su pequeño trozo de mundo. Ni diversiones ni estimulantes nerviosos ni consejos lograban hacerle desistir de sus extrañas ideas, que todos creían sin fundamento, motivadas por un desequilibrio mental que, dadas las circunstancias pasadas, era muy normal desde un punto de vista patológico. Resultaba muy duro para Miguel Lamas, no obstante, hacerle ver a su amigo, con objeto de alejarle el temor, que era víctima de unos efectos ilusorios muy cercanos a la neurastenia.

-¡No estoy loco, Miguel, como pensáis todos! -exclamó, en uno de sus accesos de cólera, el Duque.

-No te excites, amigo, y dime -respondió Lamas-: ¿Por qué, en el supuesto de que anduviera por ahí alguna de esas malditas criaturas, ha de dirigirse solamente a ti? ¿Por qué no me viene a mí también con chismes, conociéndome mejor?

Fabricio quedó un momento sorprendido ante tales razones, pero en seguida halló el modo de desvirtuarlas.

-Quizá por eso, por conocerte bien. Escúchame, Miguel, no *hablan* como antes, desde cerca, quiero decir. Es como si se esforzaran en transmitir desde muy lejos, como si dispusieran nada más que de ondas muy débiles. Tú estás siempre ocupado, escribiendo, viajando i reunido en polémicas con gentes de toda especie, y te hallas, como si dijéramos, en otra frecuencia, o bien interferido por otros cúmulos de ideas.

-Ya -rióse Lamas-, tú eres un detector más sensible y por eso se valen de ti.

-Estás burlándote, Miguel Lamas -dijo con inmensa amargura Fabricio Duque. Y pulsó el timbre para llamar a su enfermero, a quien ordenó

lo llevara a sus habitaciones.

Quedóse Lamas solo y de nuevo dirigióse a mirar el mar. Pensó que él también había creído a veces *escuchar* a los monstruos, pero en sueños o en ocasiones de hallarse agotado, y no habíale concedido la menor importancia al hecho. Lo atribuyó, simplemente, a reminiscencias de su subconsciente. Era igual que si a cada *platillo volante* que se viera en el cielo -y le constaba que existían en experimentación naves aéreas y estratosféricas de tal forma construidas en más o menos secreto por las potencias terrestres-, pensárase que pertenecían a los extinguidos habitantes, de la ya inexistente isla de Otro Mundo.

Avanzaba la tarde. Consultó el reloj y vio que apenas le restaba tiempo para salir a la carretera a recibir a Janet. Montó en su automóvil y fuese despacio por el camino de Palamós, hasta hallarse a los pocos kilómetros de recorrido con el pequeño *Citroen* verde claro descrito tan bien por Janet Bullon en una de sus cartas ; su primer automóvil, comprado allá en Madagascar y del que no se quiso deshacer ni aun en el viaje a Europa.

-¡Janet, muchacha, casi tres meses sin vernos!

-¡Miguel

Ambos jóvenes saltaron de sus respectivos coches, dejándolos el uno junto al otro, y se abrazaron en medio de la carretera haciéndose al mismo tiempo numerosas preguntas. Pasados los primeros momentos de efusión, Lamas encontró a la sobrina de Gregor acongojada y triste, ensombrecidos los bellos y rasgados ojos por alguna intensa tribulación. Sus nerviosos ademanes no eran los habituales en la serena y valerosa muchacha de las islas brumosas.

-¿Qué te ocurre, chica? ¿Estás enferma?

-No, Miguel, no -sollozó Janet-. Tú no sabes... -y rompió a llorar, apoyada su cara en el pecho del hombre.

-¿Pero qué diablos te sucede?

-¡Oh, tenía tantos deseos de estar contigo, a tu lado... lejos... lejos de allí!

Lamas la sujetó por los hombros y la separó de sí, obligándola a levantar la vista.

-No habrás venido a lloriquear como una tonta, ¿verdad? Una mujer acostumbrada a tratar con balleneros y negros, a afrontar soledades y borrascas, a tripular *platillos volantes*...

La faz de Janet se tomó pálida y sus ojos abriéronse con una chocante expresión de terror.

-¡Explícate de una vez, por favor! -pidió Lamas, furioso.

-¡Me han hablado... me han hablado otra vez, Miguel, varias veces...!

-¿Quiénes?

-Ellos...

-¡Tú, también!

-Al principio era algo muy lejano, muy débil -prosiguió entre hipos la muchacha-. Yo lo creía imaginaciones, recuerdos, pesadillas... Pero después vino más cerca... y durante el viaje... y ayer, y hoy, y ahora, hace unos minutos...

-¡Maldición!

Lamas no pudo evitar el proferir una serie de juramentos de los que ponía en boca de sus héroes cuando se hallaban en trances semejantes, y no porque en tal momento se acordara de ellos. La declaración de Janet era en extremoalarmante, tanto si su terror era justificado como si no.

-¡Tenéis todos metidos en la cabeza a esos...!

-Miguel, te juro que es cierto... Me he esforzado mucho en hacerme a la idea de que se tratara de una autosugestión, pero no... no lo es... ¡Es cierto, es real!

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Lamas, a su pesar, desde las piernas hasta el cuello. Y sintió que el pelo se le erizaba por encima de las orejas y quedóse yerto, frío, sujetando con sus manos heladas las de Janet.

-Ahora... ¿Sientes? -murmuró ella estática, en un imperceptible hilo de voz.

Lamas sentía. Percibía la extraña comunicación dentro de los oídos y en el cerebro, sin sonidos, como tantas veces allá en las lejanas Crozet.

-"*...no perecieron todos los seres que llamáis «de la Estrella», ingrato hombre terrestre. Alguno ha quedado vivo para siempre. Yo, que conozco vuestros métodos y poseo la experiencia de un tiempo que vosotros no cubrís en una vida. Yo no estaba en la isla destruida, sino escondido en misión especial junto a los invasores, y he logrado resistir, porque no estoy sujeto a vuestras bajas necesidades corporales; y por eso me ha sido posible supervivir hasta viajar oculto en un barco que abandoné en el país llamado Madagascar. Quería verte y hablarte, a ti, precisamente. No me ha sido fácil*

hasta ahora, pero no importa. Poseemos una paciencia ilimitada. He vivido durante lo que llamáis meses, oculto en el vehículo rodante que yo sabía que la mujer Janet habría de traer a esta latitud de la Tierra. Y aquí estoy ya, en Europa, a tu lado, para siempre, hasta mucho después de que tú mueras ; porque vuestra vida es efímera. Antes de que la Tierra gire en torno del Sol una sola vez, ya no seré solitario. Un centenar de congéneres míos, generados por mí mismo, pulularán por todos los puntos de vuestro planeta. Y después...”

Lamas y Janet, como hipnotizados, oían y veían al monstruo, que había surgido en una ventanilla del *Citroen* descolgándose, desdoblándose más bien, de entre los fardos del asiento posterior. Era pequeño, mucho más pequeño que los habituales pobladores de la isla de *Dientes de demonio*, arrugado, repugnante, como un trapajo sucio y oscuro. Pero tres de sus horribles ojos escarlatas centelleaban con un diabolismo extraterrenal, mirando con fijeza alucinante a la fascinada pareja.

El azar hizo el resto.

De pronto, un gran coche de carga que se aproximaba veloz por la carretera a la media luz del anochecer atronó la escena con un formidable bocinazo de su cláxon de aire comprimido. El conductor apenas halló espacio para pasar la mole de su vehículo de seis ruedas entre los dos automóviles aparcados caprichosamente.

Janet y Lamas saltaron hacia atrás por puro instinto, al tiempo que el gran transporte pasaba frenando su marcha. Los hombres de la cabina, indignados, insultaron con exclamaciones soeces a quienes de tal modo estorbaban la circulación, y el chófer, como solía hacer en tales casos, lanzó un largo, estridente y agudísimo pitido que sacudió con sus vibraciones ultrasónicas la cabeza y todas las vísceras de los negligentes automovilistas. Era, también, su habitual venganza contra los peatones torpes. Y no paró. Tendría mucha prisa. Poco más adelante aceleró y perdióse a lo lejos el coche guiñando sus luces rojas, y un silencio mortal quedó imperante en la carretera. Hasta los apartados pájaros del bosque próximo habían callado, estremecidos...

Lamas sacudió la cabeza como si se encontrara de pronto libre de un letargo. Y de súbito lanzóse hacia el automóvil verde y de un violento tirón abrió la portezuela.

Allí estaba tirado, revolviéndose como sacudido por un raro ataque de epilepsia, el monstruo del Mundo Extraño.

Miguel Lamas dio un grito salvaje y volvióse a su automóvil, de donde retornó al instante provisto de una gran llave inglesa y un largo destornillador.

-¡Esta vez vas a necesitar un siglo al menos, maldito, para reunir tus trozos! -gritó, y comenzó con furia inusitada a golpear, hender y desmenuzar el viscoso y blanducho cuerpo sin forma.

Los trozos brincaban y se retorcían dejando escapar una baba espesa y violácea, y cada partícula era inmediatamente machacada con saña por el enloquecido hombre que sabía mejor que nadie qué consecuencias podrían traer para sus semejantes aquel montón de células abominables. Los ojos encarnados habían desaparecido pulverizados sobre el asfalto. Los innumerables apéndices de protoplasma ya no eran siquiera masa. Lamas, sudoroso y jadeante, con el pelo revuelto y todo él manchado por salpicaduras hediondas, reía como un loco, proclamando su victoria.

Janet habíase desmayado, echada sobre el radiador del coche de su compañero. Este no se enteró siquiera, embebido, como estaba, en su siniestra labor. Cuando la dio por terminada, en un impermeable de plástico extendido, procedió a recoger cuidadosamente con las manos enguantadas todos los restos del último de los seres de la Estrella.

Y así fue sorprendido por los policías motorizados de tráfico en carretera, ya muy entrada la noche. Apenas pudo explicarles a los agentes de la autoridad las razones de su proceder enigmático, y fue detenido, entre otras cosas, por infringir el reglamento de circulación. Pero estaba contento y orgulloso. Su amigo Fabricio Duque, su amada Janet Bullon, la Humanidad entera, estaban ya libres por siempre de la amenaza de los seres extraños venidos de otro mundo de la Galaxia.

* * *

El ya enorme expediente procesal y de estudio de la isla de Otro Mundo, a cargo de un tribunal internacional de jueces militares y civiles y científicos especialistas en todas las ramas del saber, sufrió un nuevo y notabilísimo incremento con el último suceso del caso, vivido, también, por su principal protagonista. La investigación exhaustiva de los restos, mortales o

no, del último monstruo, dio origen a una nueva ciencia: la zoología y antropología extraterrestre.

Y Miguel Lamas convirtióse en un héroe casi legendario. Nadie le discutió ya un solo punto de su famoso libro de crónicas de la isla de Otro Mundo, hasta el extremo de que había de salir constantemente al paso de comentarios y glosas que le atribuían hechos y hazañas inverosímiles.

No faltó por doquier gentes que aseguraban haber recibido mensajes y revelaciones de seres vivientes hipotéticos ; pero éstos no eran sino visionarios y charlatanes ansiosos de una pequeña popularidad. Porque Fabricio Duque y Janet Bullon, así como Pulpo Evans, Gregor, Domingo y hasta el propio Miguel Lamas, no volvieron más a sentir a los monstruos.

-Ello no implica -sostuvo Lamas en una reciente emisión televisada para toda Europa en París-, que la Tierra esté asegurada para siempre contra la visita o invasión de seres racionales de otros mundos del Universo. La Tierra, en su movimiento de traslación alrededor del Sol, mantiene una ruta en espiral (elipsoidal en el plano solar) a través del espacio interestelar sin pasar jamás dos veces por el mismo punto. En cada minuto, en cada segundo, hállase en una situación nueva. ¿Quién sabe si en su camino no habrá de tropezarse con otras manifestaciones de vida inteligente? Es lo más probable, lo inevitable, puedo afirmar, aunque esto ocurra cuando nuestras generaciones actuales hayan sido sucedidas por otras. Así como entra muy dentro de lo posible que en épocas remotísimas, en edades lejanas de las que no quedan noticias escritas ni vestigios delatores, algunos seres extraños llegaran a nuestra Tierra y la hallaran en sus períodos geológicos iniciales. Quizá, si fue así, estos seres no pudieron sobrevivir o bien se adaptaron al medio. De ahí algunas especies animales que todavía maravillan a nuestros biólogos y zoólogos, como algunos ejemplares de la fauna australiana, por ejemplo. Pero no voy a repetir hechos por demás sabidos. El pretérito no interesa, sino como reflejo del futuro.

-Y el futuro no interesa, amigo -le discutió después Fabricio Duque-, si no es, inmediato. Porque lo que se vive, minuto a minuto si quieres, lo que se vive, es el presente, que a fin de cuentas es el único que vale.

Janet Bullon sonrió con graciosa picardía.

-Filosofías tenemos. ¿No os habéis calentado bastante la cabeza desde que Miguel encontróse con aquella moneda misteriosa en la mano?

Asintió Lamas y cogió a la muchacha del brazo, proponiéndole ir los dos a estudiar el itinerario de un maravilloso viaje que habían acordado efectuar, y olvidar, por un año al menos, a todos los seres que pudieran vivir en los mundos del espacio y a casi todos los que vivían en la Tierra.

-¿No es este último un proyecto demasiado ambicioso? -les gritó alegremente desde el umbral del salón el Duque, mirándolos partir hacia el mirador colgado sobre el mar.

Las estrellas, aquella noche, titilaban como si quisieran saltar del fondo azulnegro del firmamento...

F I N

Notes



[←1]

El oído humano sólo puede percibir los sonidos incluidos entre los 20 y los 18.000 ciclos, hertzios o vibraciones por segundo. Las ondas sonoras de mayor cantidad de ciclos son las llamadas ultrasónicas, inaudibles para el hombre, y en ciertas condiciones pueden resultar nocivas. Una onda sonora de 20.000 ciclos debidamente proyectada, puede producir en una rata ataques epilépticos. En la actualidad existen armas *sónicas* que no han llegado a emplearse más que en experimentos de laboratorio. Un simple chirrido (unos 16.000 ciclos) ya resulta molesto y, para algunas personas, absolutamente inaguantable. Por lo que respecta a la fantasía de esta novela supónese que los habitantes de la isla de Otro Mundo son afectados por vibraciones sonoras del orden de 3.000 ciclos en adelante.